

CAPÍTULOS GRATUITOS

Irresistible propuesta

Joana Marcús Sastre

SINOPSIS

Recuerda: Las apariencias engañan

Jessica Evans está enamorada profundamente de Matt Figgins desde hace unos cuatro años. Aunque, a sus ojos, Jessica no existe. Pero es comprensible, ya que Matt es de las personas más conocidas en el instituto Eastwood.

Por otro lado, Scott Danvers es un compañero del equipo de Matt, y por algunas circunstancias, necesita un favor de Jessica, por lo que le propone algo irresistible; ella fingirá ser su novia durante un mes a cambio de que él la acerque a Matt.

A pesar de que para Jessica Scott sería la última opción como amigo entre todos los hombres del mundo, acepta.

¿Saldrá bien la Irresistible Propuesta?

La propuesta

El zumbido procedente del aparato que se encontraba en mi mesita de noche hizo que abriera los ojos perezosamente, odiando el instituto por completo. Cuando mis ojos se encontraron abiertos y mis músculos estirados, bostecé y me incorporé en la cama, mirando fijamente un punto cualquiera. Mis sentidos fueron despertando lentamente a medida que pasaban los segundos y deseaba con todas mis fuerzas volver a tumbarme y dormir un rato más.

Escuché unos pasos procedentes del pasillo que conducía a mi habitación. Observé cuidadosamente la puerta cerrada con el ceño fruncido. Mamá no podía ser. Ella solía estar de mal humor por las mañanas, en caso de que se despertara, claro.

—¡Cariño! —escuché a mi madre, que gritaba con buen humor impropio en ella—. ¡Ha venido a verte Jules!

—No...

Pero era tarde, porque una pelirroja bajita y pecosa se coló en mi habitación dando tumbos con la mochila colgando del hombro. Agarré la almohada y me cubrí la cabeza con ella. En menos de diez segundos, Jules estaba sobre mí y me había arrebatado el cojín, lanzándolo al otro lado de la habitación.

—¡Vamos! ¿Qué haces sin vestirme aún? ¡Hoy es el gran día! —exclamó con una enorme sonrisa.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué estás de buen humor por las mañanas?

—Vamos, dormilona —me dio un golpecito en la frente con la palma de la mano—. ¡Que hoy es el gran día!

—Voy a ducharme —gruñí.

—Así me gusta —me guiñó un ojo.

Entré en la bañera todavía adormilada y me duché rápidamente. Aún llevaba el pelo húmedo cuando me vestí con lo primero que encontré en el fondo de mi armario, que constituía, básicamente, en una masa de ropa arrugada. Me dirigí rápidamente a la diminuta cocina donde mi madre y Jules hablaban animadamente. Mamá estaba de demasiado buen humor para ser ella. Deduje que se había tomado su medicación y no había bebido nada. A ver cuánto le duraba. Y de cuánto se acordaba.

—¿Lo ves? Todavía estás medio dormida, marmota —me regañó Jules negando con la cabeza—. ¡Y hoy es el gran día!

Y dale.

—¿Te das cuenta de que me lo has dicho dieciséis veces contadas desde que empezó la semana? —protesté cogiendo zumo de naranja y vertiéndolo dentro de un vaso—. Tres solo esta mañana.

Aunque era algo pesada, a Jules la consideraba una de mis mejores amigas. Quiero decir, nos conocíamos desde que tenía memoria ya que sus padres y los míos eran bastante amigos. Lo mismo pasaba con Kia, que ya debía estar en el instituto. Ella sí tenía suerte al disponer del coche viejo de su padre, el cual había conseguido con las mejores notas del curso pasado. No como nosotras, que nos las arreglábamos caminando cada una por su lado y sacando, como ella diría, mediocres suficientes. Jules solo venía antes del instituto en las ocasiones especiales, como ese día.

—¿Por qué es el gran día? —preguntó mi madre, interviniendo curiosa en la conversación.

—Hoy se va a declarar a Matt —dijo Jules con tono meloso.

—¿Con el hijo de los Figgins? —preguntó mamá—. Creí que nunca lo haría.

—Ya somos dos.

—Eh... Sigo aquí —agité los brazos en el aire haciéndome notar.

Si odiaba algo de este pueblo, era que al ser muy pequeño todos nos conocíamos, y eso significaba que los padres también se conocían, y los abuelos, y así sucesivamente. Por si fuera poco, mi madre cuando era más joven había sido la capitana de las animadoras del instituto, lo que la convertía en la chica más interesante en la opinión de muchos, y estaba convencida de que yo iba a ser la próxima, cosa que claramente no sería. Si alguien me conocía en el instituto, era por ser de las más torpes y con menos habilidades gimnásticas que circulaban por ahí.

—¿Y qué le dirás? —inquirió Jules mientras metía los libros en mi bolsa.

—Pues..., la verdad —suspiré—. Que me gusta desde hace cuatro años, cuando Scott Danvers me rompió las gafas que llevaba de un balonazo y él me defendió. Recordaba ese día como si fuera ayer.

Cuando empecé el instituto era de esa clase de chicas a las que cualquiera apuntaría como objetivo para molestar. Tímida, silenciosa y sonriente. Nunca me metía en problemas. Siempre llevando una estúpida cola de caballo, unos aparatos en los dientes y las gafas que me quitaron en mi tercer año de instituto, gracias a Dios.

Por eso, caí en el punto de mira del que se convertiría en mi peor pesadilla en los tres años siguientes, hasta que me quitaran las gafas y los aparatos. Scott Danvers. Chulo, engreído, desagradable... Se encargó personalmente de molestarme durante todo el tiempo que pasábamos en la misma clase, mientras que sus amigos se reían con él. La mayoría de la gente no decía nada por no meterse en problemas, pero Matt no era así. Él me defendía, siempre me dedicaba esa pequeña sonrisa tierna cuando conseguía que Scott se callara.

Y, aún así, nunca se había acercado para hablarme.

—Es muy cursi —Jules puso una mueca casi de asco.

—A veces lo cursi es efectivo —señaló mi madre.

—Pero aún así —continué—, a Matt le gusta Samantha. Así que dudo que tenga

alguna posibilidad con él.

—Bueno, si no lo intentas nunca lo sabrás.

• • •

Las clases se me habían hecho eternas y aburridas. En las cuatro horas que había hecho, tres de ellas habían sido con Matt en mi aula, y no podía evitar dejar de mirarlo. Él no prestaba atención en clase casi nunca, y aún así sacaba buenas notas. Era tan perfecto...

La quinta vez que me giré unos ojos gélidos y azules me escrutaron con desagrado. Volví la vista al frente. Lo último que necesitaba era un motivo para que Scott Danvers volviera a meterse conmigo. Eso hizo que dejara de girarme y prestara la poca atención que era capaz de profesar al profesor mientras parlotaba acerca de los autores famosos del siglo XIX.

Cuando fuimos a la cafetería, noté como Kia y Jules se colgaban de mis brazos guiándome hacia la máquina de bebidas. Sabía que Matt siempre iba ahí a por un refresco, y siempre iba solo.

—Suerte —me susurraron mis amigas mientras se alejaban a su mesa, dejándome sola en la máquina de bebidas. Más sola que nunca.

Tragué saliva mientras hacía tiempo buscando en mi cartera monedas para la máquina. Se me hizo eterno mientras Matt no aparecía. No dejaba de echar miradas furtivas hacia su mesa, preguntándome si ese día se quedaría ahí sentado, sin levantarse, ¿tendría tanta mala suerte? Con lo que me había costado armarme de valor para decirle lo que sentía, lo último que quería era no tener la oportunidad de hacerlo.

Todas las posibilidades pasaban por mi cabeza rápidamente, desde un final feliz con cincuenta pequeños Matts revoloteando a mi alrededor hasta la humillación delante de todos por un rechazo inminente. Sabía las pocas posibilidades que tenía de que eso saliera bien, pero también sabía que si no lo intentaba me arrepentiría toda mi vida de ello.

Cuando me giré por decimocuarta vez para mirar su mesa, vi como soltaba una carcajada, apretando un poco el hombro de una de las chicas de la mesa, y se levantaba empezando a caminar tranquilamente en mi dirección. Saludó a unas cuantas personas con la cabeza por el camino. Tragué saliva y las manos me empezaron a temblar. Lo iba a hacer, me iba a confesar a él. No me lo podía creer. Tantos años esperando el momento adecuado, tanto tiempo, y ahora...

—¿Tienes que coger algo?

Su dulce voz llegó a mis oídos, dejándome helada.

Por un momento, lo miré roja, temblorosa y con la boca abierta como una idiota.

—¿Eh?

—De la máquina.

Miré la máquina y luego mi mano, llena de moneditas que ni siquiera sabía qué sumaban, como si intentara resolver una ecuación irresoluble.

—Pu... Puedes coger tú —tartamudeé.

Cerré los ojos con fuerza, me sentía como una tonta. ¿Qué debía pensar de mí ahora? Escuché como sacaba algo de la máquina y se disponía a alejarse cuando

lo retuve carraspeando la garganta. Oh, vaya, ahora me estaba mirando fijamente, casi con curiosidad. Desvié mis ojos hacia cualquier punto, que en este caso resultó ser una mancha de óxido en la máquina.

—Esto... Yo... —empecé con un hilillo de voz.

—¿Sí? —inquirió con una sonrisa.

Oh, no, si sonreía ya era imposible decirle nada coherente.

Noté cómo la sangre subía a mi cabeza ruborizándome por completo. Las piernas me empezaron a temblar y mi corazón empezó a palpar con fuerza. La sensación de que me estaba acobardando me llenó por completo, y supe que no sería capaz de hacerlo. Muy en el fondo, era consciente de ello.

Podía notar las miradas de media cafetería, con mis amigas incluidas, sobre mí. Era incapaz de articular ninguna palabra y notaba las piernas entumecidas, estáticas. Apreté los puños.

—Me gustó mucho el partido del sábado —susurré.

—Oh, gracias —le escuché decir mientras giraba sobre mis talones y me iba caminando lo más deprisa posible.

Me sentía como una idiota incapaz de hablar con él. Impotente. Había tenido la oportunidad de hablarle y de confesar que había estado años suspirando por él, y ahora me encontraba huyendo sin rumbo fijo. Ojalá pudiera desaparecer, o rebobinar en el tiempo hasta esa mañana y convencerme a mí misma de no hacerlo. Si tenía cualquier posibilidad con él por ínfima que fuera, la acababa de arruinar en solo unas palabras.

Abrí la puerta de emergencia y salí a la azotea desierta mientras las lágrimas empezaban a resbalar por mis mejillas silenciosamente. Me dejé caer en uno de los escalones de piedra y hundí mi rostro en mis piernas, abrazándome a mí misma.

«Cobarde». Me decía a mí misma. «Nunca volveré a tener una oportunidad así. La he desperdiciado».

Escuché unos pasos acercándose a mí y deteniéndose a mi lado. Ni siquiera levanté la vista.

—Vete, Jules —gruñí.

En lugar de irse, escuché cómo los pasos se acercaban un poco más a mí.

—No me llamo Jules, y no me iré —dijo una voz que, desde luego, no era de mi mejor amiga.

Levanté la cabeza alarmada y detecté a un chico delante de mí que, por un breve momento, no me resultó familiar entre lágrimas. Fruncí el ceño confundida al mismo tiempo en que me levantaba para quedar a su altura, aunque obviamente él seguía siendo más alto.

—¿Qué quieres, Scott? —pregunté limpiando mis lágrimas con la manga de mi sudadera al reconocerlo.

Lo que faltaba, que Scott Danvers se metiera conmigo.

Vi como se encogía de hombros y se sacaba del bolsillo de la cazadora de cuero un paquete de tabaco. Me ofreció uno y negué con la cabeza, extrañada. Se lo encendió sin mirarme.

—No se puede fumar en el instituto —enarqué una ceja.

—Técnicamente no estamos dentro del instituto, así que... —se volvió a encoger de hombros.

—¿Qué quieres? —repetí.

Él soltó el humo del cigarro y me miró con sus ojos azules inexpresivos. Se rascó ligeramente la barba incipiente y entrecerró los ojos. Su mirada gélida empezó a incomodarme a medida que pasaban los segundos de silencio interminable.

—Quiero que me hagas un favor —dijo finalmente.

—¿Y por qué debería hacerlo? —me apresuré a responder.

—Porque, a cambio, yo también te haré un favor a ti, nena —se cruzó de brazos. «¿Nena?». Lo que me faltaba.

Fruncí el ceño. Eso era una especie de... ¿pacto? ¿Scott Danvers necesitaba un favor mío? ¿Por qué?

—Al grano —pedí entrecerrando los ojos.

Intenté ver algo en su expresión que me indicara si realmente hablaba en serio o simplemente se estaba riendo de mí. A pesar de su expresión de *todomelasuda* parecía que estaba hablando en serio. Aunque era difícil sostenerle la mirada durante más de un segundo sin sentirme intimidada.

—Tú, pequeña Jessica —empezó a caminar dando pequeños círculos a mi alrededor. Soltó el humo de una calada en mi nuca, cosa que me estremeció—, deseas acercarte a Matt, que, casualmente, es mi buen amigo, ¿me equivoco? —interpretó mi silencio como un «no», aunque no tenía ni idea de que Scott y Matt fueran amigos—. Y yo, por motivos que a ti ahora mismo no te importan, necesito a una chica dispuesta a hacerse pasar por mi novia durante un mes.

—¿Qué? —me sobresalté alejándome unos pasos de él.

—Si aceptas, irás conmigo a todas las fiestas, celebraciones y esas mierdas de convenciones sociales, en las que estará tu querido Matt y podrás hacer lo que quieras con él —su tono me indicó que no hablaba precisamente de jugar al ajedrez.

Asimilé lo que me estaba diciendo. Me estaba ofreciendo acercarme a Matt a cambio de fingir ser su novia durante un mes. Un solo mes para acercarme a Matt, ¿sería suficiente? No podía pedirle más tiempo, no quería interferir en su vida ni parecer desesperada.

Pero, por otro lado... ¿Soportar a Scott Danvers durante un mes entero? Acabáramos matándonos, si no terminaba matándolo yo a él por reírse de mí por cualquier cosa que hiciera, como tenía acostumbrado hacer desde hacía ya mucho tiempo.

Aunque no tendría nunca otra oportunidad así...

—¿Nadie puede saberlo? —pregunté.

En su rostro se formó una sonrisa triunfadora; sabía que estaba ganando.

—No —negó rotundamente.

—¿Y qué le digo a mis amigas?

—Lo mismo que le dirás a mis padres.

—¿A tus padres?

Empecé a hiperventilar.

—Bueno, no tengo todo el día, ¿sí o no?

Achiné los ojos. ¿Tendría alguna oportunidad de esa forma de conocer a Matt? ¿O de acercarme tanto a él que dentro de un mes se enamorara de mí? Aunque también tener que mentir a mis amigas y a los padres de Scott, incluso a mi madre, que aunque apenas hablara conmigo seguía siendo mi madre... Yo no era de las que mentían mucho, pero si tenía la oportunidad de conocer a Matt... ¿Sería capaz de hacerlo? Nunca había hecho algo así, y quizás era una señal. No volvería a ofrecérmelo.

A la mierda.

—Acepto.

CAPÍTULO 2

Nuevo novio

—¿Sales con Scott? —preguntaron mis dos mejores amigas a la vez, alzando la voz hasta alcanzar un chillido estruendoso.

Les chisté agitando las manos, ya que estábamos en el parque y la gente se giró para mirarnos de reojo por el escándalo que estábamos formando. Odiaba ser el centro de atención.

—Desde esta mañana —sonreí forzosamente.

Eran mis mejores amigas, y dudaba que se lo creyeran. Era muy mala mentirosa, especialmente cuando estaba nerviosa porque sabía que me pillarían con facilidad. Sin embargo, por algún motivo que no supe muy bien, se lo creyeron. Aunque me esperaba varias preguntas obvias que me harían y no sabría responder, eso sí. En mi mente ya había formulado vagas respuestas a cada una de ellas para salir del aprieto.

—Pero... —Kia me miró como si fuera la primera vez que lo hacía—. ¿A ti no te gustaba Matt?

—Sí —contribuyó Jules asintiendo con la cabeza como si tuviera un muelle en la nuca—, de hecho, esta mañana tenías que declararte a él, ¿no?

Suspiré masajeándome las sienas mientras me sentaba en el césped recién cortado de piernas cruzadas. Mis amigas me imitaron acercándose más, como si fuera a contarles un tremendo secreto. Bueno, en parte debía serlo para ellos. La única persona a la que había estado cerca de odiar en toda mi vida ahora, supuestamente, era mi novio.

—Sí, iba a hacerlo —no les mentiría en eso, era inútil—. Pero después me he dado cuenta de que a mí me gusta Scott. Lo de Matt era pasajero —nunca habría pensado decir eso. Aún así había sonado creíble.

—¿Estamos hablando del mismo Scott, Jess? —inquirió Kia.

—Te tiraba piedras de pequeña, se metía contigo y te llamaba «gafotas». ¿Cómo te puede gustar ese tío? —Jules se cruzó de brazos con gesto impaciente.

—Lo sé, pero... —¿y ahora qué tenía que decir? Mentiras. Una tras otra—. Ha cambiado, ahora es... —busqué adjetivos positivos para él a partir de nuestra conversación de esa mañana. Todos eran negativos— ...mejor.

Jules me miró mal, mientras que Kia aún estaba alucinando. Iba a ser más difícil de convencer Jules.

—No me gusta —recalcó la pelirroja.

—Si eres feliz con él... —susurró Kia poco convencida—. Pero, Jess, ¿por qué no nos dijiste que te gustaba? Te habríamos apoyado.

—Habla por ti —gruñó Jules.

Miré a mis dos mejores amigas. Eran como polos opuestos, tanto física como mentalmente; Jules era pelirroja, bajita y normalucha, a parte de extrovertida, de carácter fuerte y decidida. Kia era alta (jugaba al baloncesto), rubia y demasiado delgada para su propio gusto. Su carácter era más bien analítico y pacífico. La alumna favorita de los profesores y la amiga ideal en opinión de los padres para sus hijos. Eso era hasta que se quedaba a solas con gente de confianza, claro. Además, vivía y moría por encontrar a su príncipe azul, cosa que hacía que Jules pusiera los ojos en blanco continuamente.

—Bueno —Me irrité un poco—, sois mis amigas y deberíais apoyarme, ¿no creéis?

Ellas se miraron entre sí y me mordí el labio, suplicando para que no me descubrieran. Si lo hacían, se iría a la mierda todo lo que tenía planeado con Matt, y no permitiría que eso sucediera.

—Por supuesto que te apoyamos —sonrió Kia.

—¿Seguro? —clavé la mirada en Jules.

Ella seguía de brazos cruzados, mirándome con desconfianza. Después de todo, ella había sido la que me había soportado más veces de mal humor a causa de ese chico. Era comprensible que no me viera saliendo con él.

Aún así, su instinto de amistad floreció en ese instante y suspiró dramáticamente, negando con la cabeza.

—Si a ti te gusta, supongo que tendremos que aceptarlo... —protestó cuando nos lanzamos sobre ella riendo y chillando—. ¡Eh! ¡Soltadme de una vez!

Riendo, Kia y yo nos sentamos de nuevo. Ella se sacudió las briznas de césped de los pantalones mientras se ponía de pie y me señalaba con un dedo acusador, cosa que había aprendido de mí, ya que lo hacía cuando me enfadaba.

—Pero quiero conocerlo. Y quiero darle mi bendición.

Bueno, con esa parte tendríamos un problema.

• • •

Tragué otro trozo de carne, sentada en mi sitio de siempre. Dentro de la diminuta cocina de mi casa, en una mesa redonda, pequeñita, con dos mesas de diferente diseño. Mi madre masticaba en silencio delante de mí con la mirada clavada en

un punto cualquiera. Vi que aún estaba llorando silenciosamente, igual que cuando había llegado a casa, que la había encontrado llorando histérica. Lo primero que le había preguntado era qué había pasado, aunque podía olerme la respuesta; un hombre.

Mi madre siempre tenía problemas con los hombres ya que siempre que conocía a uno, estaba convencida de que era el hombre de su vida aunque fuera un cerdo cualquiera. Lo que siempre la llevaba a acostarse con ellos y luego, a la mañana siguiente, no los encontraba o simplemente decían que algún día podrían repetir. A mi madre le daba el bajón siempre que sucedía y lo mejor era dejarla tranquila, por mucho que me costara. Me molestaba mucho que lo hiciera, ¿qué clase de madre daba ese ejemplo a su hija? Y más teniendo en cuenta que se suponía que no podía beber, ni exponerse a situaciones de ansiedad...

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó, mirándome de repente.

La observé extrañada. Ella no solía hacerme preguntas. De hecho, apenas hablábamos si no era para discutir, ¿a qué venía ahora esa pregunta?

—Como siempre, supongo. He conocido a un chico —murmuré, consciente de que, probablemente, mañana no se acordaría de nada.

—Oh, qué bien.

Silencio de nuevo.

En eso empezó a sonar una melodía pegadiza y conocida que venía desde el pasillo. Fruncí el ceño en dirección a mi habitación, ¿quién me llamaría ahora?

—Puedes ir a cogerlo —dijo mi madre.

Me levanté y troté hasta mi cuarto. Era un número desconocido. Lo cogí con el ceño fruncido.

—¿Sí?

—Soy Scott. —soltó enseguida, sin siquiera saludar.

—Ah, eres tú.

Me senté en la cama y me miré las uñas pintadas de azul.

—¿Cómo has conseguido mi número? —pregunté.

—Eso ahora no importa. —dijo. Odiaba que me dejaran sin información—. Mañana te pasaré a buscar antes de ir a clase, tenemos que llegar juntos. En la cafetería y en las clases también ven conmigo.

—¿Qué? ¿Por qué? También tengo amigas, ¿sabes?

—Yo también los tengo, y creía que los querías conocer. Solo será un mes, nada más —él resopló tras la línea.

Suspiré. Sabía que se refería a Matt, no a los demás amigos que tenía que me importaban bien poco.

Entonces, un recuerdo me vino a la mente. Él siempre llegaba al instituto con una Harley negra y siempre la aparcaba en el mismo lugar. Lo había visto mil veces, y nunca le había prestado la más mínima atención. Quizá porque nunca creí que iba a subir a esa moto, y mucho menos con él conduciéndola delante de mí.

—Odio las motos.

—Mala suerte —y colgó.

• • •

A la mañana siguiente me vestí como de costumbre. Si Scott creía que me vestiría como las chicas con las que solía ir, que apenas llevaban ropa, la llevaba clara, mi estilo no sería jamás ese. De hecho, ni siquiera sabía cuál era mi estilo. Lo primero que encontraba en la masa de ropa arrugada del armario.

Así que ahí me encontraba, en el borde de la acera de mi edificio, contemplando la carretera vacía mientras bostezaba aburrida. Sabía que con Scott no seríamos demasiado puntuales, pero es que faltaban cinco minutos para empezar y todavía no había aparecido. No es que fuera la fan número uno del instituto, pero me gustaba ser puntual.

Cuando ya tenía la esperanza de que no llegara, el rugido feroz de un motor a unos metros de mí me alertó para que levantara la vista. Quizás no era tan feroz, pero a mí me lo pareció. Scott me miró de arriba a abajo con poco interés y me hizo un gesto con la cabeza indicando que subiera, pasándome un casco integral parecido al que llevaba puesto.

—Buenos días, Jess, ¿cómo estás? —imité su voz—. Oh, buenos días, Scott, muy bien, muchas gracias por preguntar, es muy educado por tu parte —ironicé mientras pasaba la pierna por encima de la parte trasera del vehículo.

Su respuesta fue una risa entre dientes. Era la primera vez que lo veía reír.

En cuanto estuve sentada encima me di cuenta de que estaba demasiado lejos del suelo. Una caída desde esa cosa y me convertiría en comida para pájaros. Con las manos palpé al lado de mis caderas hasta que encontré la sujeción del asiento, donde agarré con fuerza. Si yo caía, la moto caería conmigo, eso seguro.

—¿No me vas a abrazar? —preguntó burlándose de mí mientras colocaba el manillar.

—Preferiría estrangularte —le sonreí a través del retrovisor.

La verdad es que Scott no era feo. Tenía unos ojos azules pálidos que, tenía que admitir, eran bonitos. Su pelo era oscuro y solía estar despeinado, aunque de una manera que haría suspirar a cualquier chica. Sus hombros eran anchos y su cintura estrecha, y se notaba que practicaba rugby con el equipo del instituto porque tenía los músculos definidos. Si no hubiera sido un capullo...

—Yo preferiría que me abrazaras, champiñón —dijo, aún burlándose de mí.

Encontré sus ojos intimidantes a través del retrovisor y me obligué a apartar la mirada con una mueca de desagrado.

—¿Champiñón? —gruñí—. Serás...

Antes de que pudiera hablar para insultarle, ya había acelerado e íbamos directos al instituto.

Me arrepentía de no haberlo abrazado, porque estaba casi segura de que los acelerones repentinos y los frenazos bruscos que daba eran a propósito para que la próxima vez —si es que la había— no dudara en agarrarme a él.

Llegamos al instituto y vi como dejaba la moto en su habitual lugar. La sirena aún no había sonado por lo que había mucha gente en la entrada con la mirada anonadada sobre nosotros. Bueno, era de suponer que eso pasaría. Si mis amigas se habían sorprendido por el hecho de que estuviera saliendo con Scott Danvers, los demás todavía debían estar más alucinados. Bajé del vehículo y

Scott me tendió la mano. Después de titubear el tiempo suficiente para que enarcara una ceja, la tomé. Estaba cálida. Entramos en el establecimiento así.

—Todos nos miran —le susurré.

—Lo sé. Son gilipollas —se encogió de hombros.

Bueno, eso no sería un problema para él, estaba claro.

—Quizás si no utilizaras esa cosa que hace tanto ruido, no llamaríamos tanto la atención.

—Esa cosa es una Harley Davidson Sportster 883, y vale más que tú, así que cuidado con lo que dices.

—Oh, ¿y también le has puesto nombre, como a un perrito?

Me miró con los ojos entrecerrados. Pero ahora no podía dejarme intimidar. Si era su novia no podía meterse conmigo, lo que equivalía a no volver a tener miedo de decir o hacer lo que quisiera. ¿Quién se metía con su novia?

Sonreí ampliamente.

—Mierda, Matt —escuché que gruñía.

Levanté la vista y, efectivamente, en un rincón del pasillo vi a Matt y a los demás amigos de Scott mirándonos fijamente con la boca abierta de par en par, como si estuviéramos cometiendo el peor de los pecados. Tragué saliva. Era la primera vez que llamaba la atención de Matt en años, porque lo de la cafetería no contaba cómo llamar la atención, sino cómo hacer el ridículo.

—Bésame —escuché que decía Scott.

—¿Eh?

Pero antes de que pudiera protestar o moverme, estaba con la espalda pegada en la taquilla, con mi pecho pegado al de Scott y él había colocado los brazos a los lados de mi cabeza, aprisionándome. Mi respiración se aceleró por el susto del momento. Con una mano, quitó mi cabello de detrás de mi oreja y lo soltó. Se inclinó poco a poco hasta que nuestras narices se rozaron, pero no se inclinó un solo centímetro más. Miré a un lado y me di cuenta de que el pelo nos ocultaba lo suficientemente para que pareciera...

—Parece que nos estamos besando —murmuré.

—Ese es el punto —me guiñó un ojo antes de separarse de mí—. Por cierto, ¿no tienes más ropa en el armario que sudaderas y vaqueros?

—¿Algún problema con mis sudaderas y mis vaqueros?

—Sí, que vas más masculina que yo.

—Eso es cosa mía.

—De eso nada, esta tarde iremos al centro comercial.

—¿Perdón?

Se reajustó la mochila en el hombro y me volvió a mirar de arriba a abajo, dejando bastante claro que no estaba de acuerdo con lo que llevaba puesto.

—No pretenderás que mi novia vaya en sudadera por la vida, ¿verdad?

Cambio

Si había algo peor que ser el centro de atención de todo el instituto, que mis amigas me hablaran con nerviosismo al estar juntas, echando miradas furtivas hacia Scott, y de que incluso los profesores me miraran cuando iba con él, era el tener que desfilar hasta la mesa del fondo de la cafetería con mi supuesto novio tirando de mí con poca delicadeza. Notaba todas las miradas clavadas en mi nuca cuando me senté, haciendo que unas diez cabezas se giraran hacia mí, guardando un silencio demasiado repentino como para que fingir que era casual.

—Esta es Jess, chicos —comentó Scott mientras echaba a un lado al chico que estaba antes sentado a mi lado y ocupaba su lugar sin siquiera mirarlo.

Noté como alguien se sentaba a mi lado al segundo siguiente y me giré. No pude evitar abrir mucho los ojos cuando vi cómo Samantha —la chica de la cual Matt, el chico de mis sueños, estaba enamorado— se había sentado a mi lado. Era tan perfecta que dolía. Una melena rubia oscura recogida en una coleta alta, una tez perfecta y dorada, unos ojos grandes y claros y una sonrisa de dientes blancos y rectos. Demasiado perfecta. Tragué saliva y una sonrisa temblorosa se puso sobre mis labios. Me imaginé lo ridícula que debía verme a su lado.

—¿Qué tal? Soy Sam —sonrió tendiéndome la mano, con la manicura también perfecta.

Alargué mi mano hasta la suya y se la estreché de manera insegura.

—Yo soy Hannah —dijo la chica que estaba delante de mí. Parecía más simpática.

—Yo soy Jess.

—Sabemos quién eres —declaró el chico que estaba sentado al lado de la tal Hannah inclinándose sobre la mesa, apoyado sobre los codos. Era de pelo castaño y ojos del mismo color, solo que llevaba una camiseta del equipo de rugby casi con el orgullo impregnado en la cara—. ¿Sabes cuánto tiempo hacía que Scott no traía una novia? Había empezado a creer que era gay y no sabía cómo decírnoslo.

—Oye —protestó Scott mirándolo con el ceño fruncido.

—Tranquilo, tío, yo te habría querido igual —declaró el castaño con una amplia sonrisa—. Además, tampoco me habría sorprendido.

—Nunca había traído una chica —añadió el que estaba sentado a su lado. Un rubio algo más bajo que los demás.

—Soy Adam, por cierto —dijo el que había hablado primero.

—Erik.

—Dos imbéciles —añadió Hannah con una sonrisa.

Sonreí ante la perspectiva de que los chicos y las chicas de esa mesa no se

alejaban tanto de mí y mis amigas. Creía que no me aceptarían a la primera, pero por lo visto me equivocaba. Eran incluso simpáticos. Los nervios empezaron a disiparse a medida que pasaba el rato con ellos. Adam y Hannah fueron los que me cayeron mejor al instante, sin saber muy bien por qué. Quizá porque Hannah era la que me hablaba más y Adam no dejaba de burlarse de Scott, haciendo que este le sacara el dedo corazón, riendo. Debían ser buenos amigos.

—¿Tienes planes para esta tarde? —preguntó Sam al cabo de un rato con una amplia sonrisa.

lba a contestar, pero vi a una chica al fondo de la mesa que me miraba con sus ojos oscuros entornados. Podía leer el odio y el rencor en su mirada. Tragué saliva. Ni siquiera estaba pestañeando.

—¿Jess?

—¿Eh?

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó Hannah.

lba a responder que no, pero en ese momento escuché a Scott hablar con sus amigos y me acordé de que esa tarde tenía que ir a comprar ropa con el señorito, ya que, cito textualmente, «él no podía tener una novia así vestida».

—Tengo que ir de compras con Scott —me encogí de hombros—. Dice que debería cambiar mi estilo.

—¡Pues claro que sí! —se entusiasmó Hannah dando palmaditas.

—Tienes que cambiar estas sudaderas por blusas bonitas —dijo Sam mirando mi sudadera rosa algo vieja con una mueca de desagrado—. Te favorecerá mucho.

—¡Sí, lo hará! —contribuyó Adam con un guiño de ojo.

Scott alargó el brazo hasta Adam y le dio una colleja en la nuca, haciendo que este pusiera una mueca y toda la mesa riera.

—Menos con mi chica, Fox —dijo Scott burlón pasando un brazo sobre mis hombros casi inconscientemente.

—¿Te podemos robar a Jess esta tarde? —preguntó Hannah con una sonrisa.

—Si tiene que cambiar de imagen, la aconsejaremos mejor nosotras —contribuyó Sam.

Scott se encogió de hombros y dijo:

—Claro.

—¡Me apunto! —dijo Adam levantando la mano.

—Yo también.

La última voz que sonó hizo que me quedara petrificada. Ni siquiera me había dado cuenta de su presencia en la mesa, ya que había estado ocupada con las presentaciones. Giré la cabeza hacia Matt y vi como me estaba mirando a mí curiosamente, como si fuera un experimento nuevo. Una ola de calor invadió mi cuerpo entero. Era la primera vez en toda mi vida que me miraba directamente con algo que no fuera confusión o lástima.

—Entonces, vamos todos —se entusiasmó Hannah—. Chloe no podrá venir... ¿Y tú, Abby?

Giré la cabeza en dirección a la chica a la que, visiblemente, le había caído mal

y ella ladeó el rostro redondo que tenía, sin mirar a ningún punto fijo.

—Paso —dijo finalmente, mirando su comida.

Vi como Sam se giraba y ponía los ojos en blanco murmurando un «como siempre».

• • •

El motor de la Harley hizo que saliera de casa a toda prisa, despidiéndome de mi madre, quien estaba sentada en el sofá. Sus pastillas siempre la dejaban un poco aturdida. Scott estaba tecleando algo en su móvil cuando pasé la pierna por encima de la moto y me senté agarrándome al borde del asiento con fuerza.

—¿No me abrazarás, cariño? —preguntó mirándome a través del espejito.

Al parecer, esa iba a ser la broma oficial para todas las veces que subiera a la moto con él.

—Muy gracioso.

—Sí, ¿verdad? Esa es una de las muchas cualidades que tengo.

No pude evitar una sonrisa posándose en mis labios cuando arrancó la moto. Circulamos rápidamente por la carretera hasta que llegamos al centro comercial, donde todos ya nos esperaban.

• • •

Llevaba cinco bolsas en cada mano cuando Sam y Hannah me obligaron a entrar en una peluquería. Nunca había sido de las que cuidan mucho su pelo, lo cierto era que hacía mucho tiempo que no me lo cortaba y empezaba a estar demasiado largo. Cuando el peluquero vio mi corte de pelo soltó una maldición en francés y me obligó a sentarme en una de las sillas de cuero. Hannah y Sam dijeron que iban a dar una vuelta mientras arreglaba lo que el peluquero denominó «desastre capilar».

—Tienes un pelo precioso —dijo el hombre que me cortaba el pelo. Su pelo era ondulado y castaño—. No te lo estás arreglando por arreglar, ¿verdad?

Suspiré mientras veía a través del espejo como me iba cortando el pelo por la altura de los hombros.

—No —admití—. Hay un chico, bueno, dos.

—¿Dos? —soltó un silbido.

—Sí, está Matt y Scott. Llevo enamorada de Matt desde que tengo memoria porque siempre me defendía de los abusones. Como yo no era precisamente la guapa de la clase... Aunque después entramos en el instituto y todo cambió, dudo que ahora se acuerde de quién soy.

—¿Y Scott?

—Eso es diferente —murmuré, viendo como un nuevo mechón caía al suelo—. Cuando éramos pequeños siempre se metía con las gafas que llevaba y por cualquier otra chorrada. Hizo lo mismo en el instituto pero ahora me necesita para que finja ser su novia. Dice que si lo hago durante un mes me acercará a Matt. Un momento... ¿Por qué te estoy contando esto?

—Empatizo mucho —me sonrió a través del espejo—. Esto ya está.

Volví mi atención al espejo. Mi pelo castaño ondulado ya no caía hasta mediana

espalda, sino que llegaba a mis hombros y apenas se notaban las ondulaciones.

No parecía la misma chica que había en esa silla. Me quedaba incluso bien.

—¡Estás preciosa! —exclamó Sam entrando en la peluquería. El peluquero, llamado Bruce, hinchó pecho, orgulloso de sí mismo—. Ha quedado mejor de lo que esperaba.

—¡Y con los pantalones y la blusa azul que te hemos comprado aún mejor! —se unió Hannah—. Verás cuando te vean los chicos, están esperando ahí fuera.

Tragué saliva.

Después de pagar a Bruce y despedirme, Sam me cogió del brazo y me guio hasta la salida del centro comercial. Hannah correteaba detrás de nosotras para seguirnos haciendo ruido con las bolsas que rebotaban a su lado.

No fue hasta que mi mirada chocó con la mesa de una cafetería donde estaban Scott, Matt y Adam sentados. Scott me daba la espalda. El primero en levantar la mirada fue Adam, que soltó un silbido de aprobación.

—Vaya, vaya —susurró Matt.

El último en girarse fue Scott, que se levantó de la silla y me observó de arriba a abajo sin ninguna expresión convincente en el rostro. Solo me miraba en silencio, como si me estuviera analizando. Me había esperado, por un breve momento, que comentara si le gustaba lo que había hecho con mi pelo, o con mi ropa, pero esa posibilidad se desvaneció al instante.

—¿Y bien?, ¿no dirás nada? —preguntó Sam irritada al ver mi expresión.

Scott frunció el ceño y levantó la mirada, como si se hubiera perdido en la conversación. Me miró a mí y me obligué a apartar la mirada. Realmente su mirada intimidaba.

—Estás... —fue bajando el volumen—. Bien.

El cumplido del siglo.

—¿Bien? ¡Menudo novio! Anda, bésala.

De repente de quedé paralizada.

—¿Eh?

—¡Sí, beso! —Hannah se puso a dar saltitos.

Como si corroborara, Adam empujó a Scott, que quedó delante de mí, plantado con incomodidad semejante a la mía. Miré de reojo a Matt que me sonreía de manera extraña. No quería besarme con otro delante de él, ¿qué iba a pensar si lo hacía?

Estaba a punto de decir que no era necesario un beso, cuando noté los labios de Scott sobre los míos.

Me quedé paralizada durante la milésima de segundo en que sus manos me cogían de las mejillas y sus labios estaban sobre los míos. Luego se separó como si no pasara nada. Había sido tan rápido que apenas me había dado cuenta de que había sucedido. Miramos a los demás casi esperando su aprobación.

—Vaya mierda de beso —dijo Adam con una mueca.

CAPÍTULO 4

Conocerte

Iba caminando por la calle oscura sola mirando mis pies moviéndose con las pesadas botas oscuras que me compró mi tío hacía ya dos años. En una mano llevaba una bolsa con la medicación de mi madre. La otra intentaba encontrar el calor que proporcionaba el bolsillo de mi abrigo. Solo podía pensar en lo reconfortante que sería volver a casa y sentarme delante de la pequeña estufa de mi habitación.

Un fuerte golpe hizo que me detuviera justo en la entrada de un callejón. Me detuve a observar la oscuridad alumbrada por una sola farola medio fundida que apenas iluminaba más que la luz de la Luna. En el fondo del callejón había una silueta apoyada en el muro con la espalda. Vi el humo saliendo de su boca, o quizá solo era el vaho del frío. Por un momento, decidí dar la vuelta e irme antes de que me viera. Todo indicaba que acababa de golpear el contenedor con el puño, ¿y si yo era el siguiente objetivo? Pero me quedé un segundo más y me di cuenta de que conocía a ese chico.

Me acerqué a él con paso vacilante y me detuve a un metro de distancia de seguridad. Él ni siquiera levantó la mirada. Vi cómo su espalda se tensaba mientras se pasaba una mano por el pelo y soltaba una maldición.

—¿Scott? —pregunté viendo la mata de pelo oscura que solo podía pertenecerle a él.

Él levantó la vista de golpe y me llevé las manos a la boca, horrorizada. Su pómulo y su mandíbula estaban amoratados y tenía un corte en el labio que ya se había limpiado, pero desde luego era reciente, el labio todavía estaba hinchado y rojo intenso. Lo pude notar a la perfección a pesar de la oscuridad que se cernía sobre nosotros.

Mi primer impulso fue empezar a correr —¿y si se había metido en una pelea y volvían a por él?—, pero no podía dejarlo así. Y eso que sabía que, de haber sido al revés, solo habría sido una razón más para reírse de mí en los pasillos del instituto. Me dije a mí misma que yo no tenía que ser así. Después de todo, desde que habíamos empezado el curso había parado de molestarme, y desde la propuesta había cierta cordialidad entre nosotros.

Se me encogía el corazón de solo verlo ahí de pie solo después de haber recibido esos golpes. Simplemente no podía dejarlo.

Corté la distancia de seguridad que había mantenido al principio y vi cómo se tensaba mirándome fijamente con ojos vidriosos. Mi cara debía ser de completo espanto porque me temblaban hasta las manos.

—Dios mío —susurré—, ¿qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Pero él, en lugar de responder, giró la cabeza hacia un contenedor viejo que había a unos cuantos metros y apretó los labios. Algo en mi interior se retorció cuando me di cuenta de que estaba tratando de no llorar. O eso me pareció. Por un

momento no recordé que se trataba de Scott Danvers, el chico que había estado riéndose de mí tantos años, y me entraron unas ganas intensas de abrazarlo con fuerza.

Cuando creía que no respondería, que había ido demasiado lejos, susurró algo que me dejó peor de lo que ya estaba:

—Mi padre.

Estuve unos segundos conteniendo la respiración. De alguna forma estaba confiando en mí. Y yo pensando en irme y dejarlo ahí tirado... Qué miserable era.

Me acerqué a él y alargué el brazo. Cuando toqué su cara con la punta del dedo, él se tensó completamente, pero no me apartó. Con sumo cuidado para no hacerle daño y mi corazón en un puño, giré su rostro hasta que me volvió a mirar a los ojos. Ahora esa mirada ya no intimidaba, eran dos pozos sin fondo. El azul estaba apagado. De alguna forma, eso fue peor que cuando me miraba con mala cara.

¿Cómo podía hacer un padre algo así a su hijo? ¿Cómo podía ser capaz? Me sentía impotente y aún peor que antes por no poder ayudarlo.

—No me mires así, Jessica.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre completo. O por mi nombre, simplemente. Sin utilizar ningún apodo estúpido.

—¿Quieres que pida un taxi para que puedas ir a casa?

—Lo último que quiero es ir a casa, la verdad.

La verdad es que había sido algo estúpido preguntar.

Asentí con la cabeza una sola vez, sin saber qué hacer.

Así que, con la sonrisa más forzada de toda mi vida, extendí la mano hacia él, como si le pidiera que me la tomara.

—¿Sabes qué es lo que más me anima en cualquier momento? —pregunté—. Un helado de la heladería del parque.

Vi como un atisbo de sonrisa cruzaba su rostro y me sentí mucho mejor.

—¿Eres consciente del frío que hace? —preguntó.

—Cambiaré la respuesta, entonces. ¿Sabes qué es lo que más me anima en cualquier momento? Hacer feliz al señor que vende helados en el parque, vamos, ¿quién compra helados con esta temperatura?

—Los locos.

—Exacto. Vamos a hacer feliz a ese hombre, y su felicidad se impregnará en nosotros, y todos seremos felices, ¿qué me dices? No es tan estúpido como suena, en serio.

Él me cogió la mano después de vacilar un segundo y empezamos a andar hacia el parque en silencio. No soltó mi mano en ningún momento. La tenía helada.

Llegamos al parque y pedimos dos helados de chocolate. El hombre pareció sinceramente feliz de tener clientes. Nos sentamos silenciosamente en el césped del parque, delante de nosotros se encontraba el lago y nos alumbraban unas cuantas farolas encendidas. Empecé a devorar mi helado. Los dientes me castañeaban por el frío de este, y podía estar segura de que los de Scott también

lo hacían, pero ninguno de los dos se quejó.

—¿Verdad que reconforta? —pregunté al cabo de casi dos minutos de silencio.

Lo último que creí hacer esa noche era estar sentada en un parque, de noche, con Scott Danvers.

—La verdad es que sí —admitió con una sonrisa.

Lo había visto sonreír pocas veces.

—Deberías sonreír más a menudo —comenté mirándolo, aunque su mirada estaba perdida en el lago. Su cabeza se giró y me miró divertido.

—¿Por qué?

—Conquistarías a más chicas, te lo aseguro —¿eso lo había dicho o lo había pensado?—. Quiero decir, eso de estar siempre serio... Aleja un poco a la gente.

—A mí no me molesta que la gente se aleje, la verdad.

—Todos necesitamos sentirnos amados, Scott.

—Yo no.

—Vamos, podrías tener a la chica que quisieras si no pusieras esta cara —imité su cara, a lo que rio— todo el tiempo.

—¿Para qué? Se supone que tengo novia.

Puse los ojos en blanco riendo mientras hundía la cuchara en mi helado.

—¿No te estás preguntando qué ha pasado? —preguntó, confundido.

—La verdad es que sí, pero no quería ser entrometida... —murmuré, sin poder contenerme más tiempo—. Tus asuntos son tus asuntos y yo..., ¿qué ha pasado?

Esbozó una sonrisa por unos segundos.

—Cogí su coche. Se lo rayé en una columna y se ha vuelto loco. Bueno, ya lo estaba. Pero lo demuestra más en unas ocasiones que en otras.

Soltó una risa amarga.

—¿Desde cuándo te pasa eso? —pregunté suplicando en mi interior no estar pasándome de curiosa.

Él meditó unos segundos.

—Desde los diez años —dijo finalmente.

Irremediablemente me vino a la cabeza la imagen de Scott con diez años mientras su padre le daba una paliza. Era demasiado horrible.

—¿Qué es eso? —preguntó de repente señalando mi bolsa.

—¿Esto? La medicina de mi madre —respondí distraídamente, alejando las oscuras imágenes de mi subconsciente.

—¿Está enferma? —levantó las cejas.

—Casi nadie lo sabe —lo miré acusadoramente—. Así que tienes que prometer que no lo dirás a nadie. —Extendí el dedo meñique—. Promesa de meñique.

—¿Qué?

—Promesa de meñique —cogí su mano e intenté ignorar la sangre seca de sus nudillos. Hice que sacara el meñique y lo enredé con el mío. Él me miraba divertido y perplejo a la vez—. Promételo.

—Solo si tú prometes no contar lo mío —sentenció.

—Está bien. Prometo no contar a nadie lo de tu padre.

—Y yo prometo no contarle a nadie lo de tu madre. Sea lo que sea.

Separé su mano de la mía.

—Tuvo leucemia hace unos años. Tienen miedo por una posible recaída. Ahora está bien, pero siguen medicándola —dije finalmente.

Él me sostuvo la mirada unos segundos. Luego apartó los ojos hacia otro lado, como si no supiera qué decir.

—Lo siento.

Nos quedamos en silencio un buen rato, hasta que se ofreció a llevarme a casa y acepté.

• • •

Cuando llegamos a la mesa del fondo, después de que obligara a Scott a sentarnos un rato con mis amigas, él y yo nos sentamos en nuestros sitios del día anterior. Todos se quedaron en silencio al ver a Scott, menos Sam, Hannah y otra chica pelirroja a la que no conocía, que seguían hablando en voz baja, ajenas a los demás. El primero que se atrevió a hablar fue Erik:

—¿Qué te ha pasado?

Scott se quedó en blanco mirando a su amigo sin saber muy bien qué decir. Lo vi dudar unos segundos hasta que abrió la boca y pareció que iba a decir algo, pero la volvió a cerrar. Una parte de mí se accionó y salí en su ayuda.

—Anoche estuvimos juntos. Después me acompañó a casa y por el camino encontramos a unos tres chicos que intentaron robarme el bolso, pero él me defendió —me sorprendí a mí misma mintiendo fácilmente bajo la atención de toda la mesa.

Hubo un silencio sepulcral en el que todos me miraban confusos, incluso Scott. Pero la mirada que más me avergonzaba era la de Matt, que parecía estar disfrutando de la situación con una sonrisa extraña plasmada en los labios. Pero era tan guapo de todas formas...

—¿Pudiste con todos? —Adam soltó un bufido—. ¡Toma ya! ¡Les dio una buena patada en el culo a esos niñatos! ¡Ese es mi colega! —finalizó levantando la mano plana, que Scott chocó.

Él me sonreía agradecido. Sonreí de vuelta hasta que volví a pillar a Matt mirándome desvergonzadamente. Tenía una mano en la barbilla, que se rascaba, y también el ceño fruncido. Casi podía jurar que estaba analizándome para ver si estaba mintiendo. Le sostuve la mirada a esos ojos miel unos segundos hasta que Sam me cogió del brazo y la miré a ella, casi aliviada.

—Vamos al cuarto de baño —dijo mientras todas las chicas de la mesa se levantaban, arrastrándome con ella.

—¿Quieres que te formule una cuestión irresoluble? —preguntó Adam a Erik lanzándole una patata frita.

—¿Ser o no ser? —se burló este.

—No, idiota —Adam sonrió—. ¿Por qué las chicas no van al baño solas?

—¿Por qué?

—¡Porque tienen miedo de que les salga un dementor de la taza! —exclamó riendo solo. Los demás lo miraban enarcando una ceja—. Oh, vamos, ¿Harry Potter? ¿No? ¿En serio?

Seguí a Sam, que todavía me cogía del brazo, hasta los lavabos de las chicas. Al entrar vi una pobre chica de segundo curso lavándose las manos que se quedó pálida al vernos. Sam la miró con una ceja enarcada. Cuando vio que no se iba a ir, hizo un gesto hacia la puerta y la chica obedeció sin rechistar, todavía con jabón en las manos. Sam lo ignoró por completo y sacó de su mochila púrpura el maquillaje que contenía. Empezó a maquillarse mientras Hannah se sentaba en la encimera y la desconocida se apoyaba en ella. Yo me quedé de pie mirándolas.

¿Para eso me había arrastrado? ¿Para ver cómo se maquillaba? Menuda bobada.

—Ah, esta es Chloe, Jess —dijo Sam—. Esa es la novia de Scott, C.

—Oh —la tal Chloe me examinó con sumo interés.

—Bueno, chicas, ¿qué opináis de lo mío con Matt?

Me quedé pálida mientras veía como las demás buscaban en sus mentes respuestas que no decepcionaran a Sam.

—Hace unos días que intento que venga a casa, le guiño el ojo, sacudo la minifalda... ¡E incluso llegué a llamarle, y ya sabéis que yo nunca llamo a un chico, pero no me respondió! —Hannah y Chloe soltaron un grito ahogado tan exagerado que casi me eché a reír—. Ya no sé qué hacer... Creo que no le gusto...

—¡Claro que le gustas! —se apresuró a responder Chloe con voz chillona.

—¡Sí! ¿Cómo no le vas a gustar, Sammy? Eres divina —añadió Hannah enseguida, sin querer quedarse atrás.

Sam dejó de maquillarse y encontró mi mirada a través del espejo. Me encogí en mi sitio. Había estado tan ocupada sin reír que se me había olvidado alabarla.

—¿Tú qué crees, Jessie?

—Jess —corregí, a lo que Hannah y Chloe intercambiaron miradas.

—Jess, Jessie... Lo que sea, ¿qué más da? —empezó a esconder sus cosas en el neceser—. Pero, dime, ¿qué crees tú?

—¿Yo?

¿Y yo qué sabía? Hacía dos días que me sentaba en el mismo lugar que ellos en la cafetería. Lo que sí sabía era que, en todo el tiempo que había estado con ellos, Matt no había mirado a Sam ni una sola vez. Lo sabía muy bien, porque yo sí lo miraba a él. Supuse que el interés no era mutuo, pero no me atreví a decírselo directamente a Sam, que parecía esperanzada en cierto modo. Decidí camuflar un poco la verdad.

—Creo que no deberías preocuparte tanto por Matt —dije, encogiéndome de hombros—. Quiero decir... Hay muchos chicos en el mundo como para centrarte solo en uno. Porque no sales con él, ¿no?

—Ojalá —suspiró.

Menos mal...

—Entonces, olvídate de él e inténtalo con otro chico que te guste.

Un silencio incómodo se formó en el pequeño cuarto. Hannah contuvo la respiración. Estaba claro que no solían decirle lo que realmente pensaban a Sam, aunque yo tampoco lo había hecho. Lo único que había hecho había sido alejar un poco a Sam de Matt, ¿y si lo de la propuesta con Scott funcionaba? No quería tener que pelearme con ella después.

—Quizás tengas razón —Sam se encogió de hombros. Hannah soltó el aire que retenía mientras Sam guardaba todo el maquillaje en su mochila morada—. Por cierto, mañana Harry Stinson da una fiesta en su casa. Estás invitada.

¿Invitada, yo? ¿A una fiesta?

—Vamos.

Todas seguimos a Sam como sus sombras hacia nuestras respectivas clases.

CAPÍTULO 5

Fiesta y problemas

Parecía mentira lo rápido que me habían aceptado. Creía que realmente les resultaría difícil aceptar una chica normalucha como yo entre ellos. Sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría solo me conocía porque el año anterior había dado con la pelota en la cara a la profesora de gimnasia y me habían expulsado dos días por pensar que había sido a propósito —era torpe con los deportes, era mejor no darme un balón— o, simplemente, no me conocían ni les sonaba mi cara.

Y, sin embargo, ahora me encontraba arreglándome para ir a la fiesta de un tal Harry, de otro instituto, al que no había visto en mi vida.

Había preguntado a Kia y a Jules si les apetecía venir. Kia era contraria a beber, bailar, fumar, y cualquier cosa que no pudieras hacer dentro de un aula con un profesor delante. Jules estaba castigada por haber suspendido biología. Así que eso me dejaba sola con Scott y sus amigos. Por lo menos, habían venido a ayudarme a vestirme.

—A mí me gustas así —opinó Kia cruzándose de brazos sentada sobre mi cama.

—Bueno, quizás si sonrieras y quitaras esa cara de muerta —intervino Jules, que caminaba por la habitación tirando la ropa de un lado a otro.

Me miré en el espejo posando para mí misma. Llevaba una sencilla falda negra con una blusa azul. Lo cierto era que no me había arreglado demasiado. Tampoco creía que la gente fuera a ir demasiado arreglada a la fiesta de ese tal Harry.

—¿Para quién se habrá puesto tan guapa? —preguntó Jules sonriendo pícaramente.

—Para el papa, no te jode —le guiñé un ojo a través del espejo.

—Ponte unos tacones, aunque sean bajitos —sugirió Kia.

—Pero...

—Nada de zapatillas, Jess.

—¡Estoy unida a mis zapatillas! No puedo traicionarlas de esta forma, profanando mis pies con tacones...

Que los tacones y yo éramos enemigos era un hecho, ya que no sabía llevarlos. Y cuando decía que no sabía llevarlos, era porque realmente parecía una ballena mareada.

—Bajitos —repitió Kia viendo mi expresión.

Me puse unos tacones negros y me senté en la cama mientras Kia hacía esfuerzos para dejarme maquillada decentemente y Jules le iba diciendo que lo hacía mal. Hice lo que pude para no pestañear demasiado, tener la cabeza levantada y no reír mientras me colocaba a ciegas los tacones.

Cuando escuché a mi madre abriendo la puerta, dudé unos segundos. ¿Podía ser...? No, no podía ser. Se suponía que me iba a esperar donde cada mañana. Scott no podía haber subido. Se lo había pedido expresamente. No quería que se cruzara con mi madre, aunque lo cierto era que hoy se había tomado su medicación y estaba bastante bien... Vi que mis amigas también se quedaban escuchando atentamente.

—Ah, hola, Scott —escuché a mi madre.

Casi tan rápido como yo, Kia y Jules saltaron de la cama y empezamos a correr por el pasillo —yo iba con tacones y casi me caí— hasta llegar a la entrada, donde vi a Scott riendo con mi madre. Ambos levantaron la vista y se nos quedaron mirando. Kia y Jules revisaban a Scott una y otra vez con las miradas. Él no pareció notarlo. Miré a mi madre fijamente, esperando que no hubiera hecho nada de lo que pudiera avergonzarme. Estaba algo adormilada por el medicamento, pero por lo demás estaba bien. Un día bueno. Mañana quizás no se acordara de esto.

Él iba vestido con pantalones vaqueros gastados, una camiseta sin mangas grises y su cazadora de cuero sobre los hombros. Había hecho bien en no arreglarme.

—Scott ha venido a buscarte —mi madre me informó de lo evidente.

—¿Vamos? —preguntó Scott claramente divertido por la situación.

—Adiós —dije, pero mis amigas solo balbucearon algo parecido a una despedida antes de que cerrara la puerta a mis espaldas. Ellas se encargarían de mi madre esa noche.

Me metí en el ascensor con él a mi lado. Lo miré de reojo. Seguía con esa estúpida sonrisa en el rostro. Me daban ganas de quitársela con un golpe. ¿Por qué no me había hecho caso?

—¿No habíamos quedado fuera? —pregunté irritada.

—¿Y perderme este momento tan entretenido? —sonrió aún más mirándome—. De eso nada.

Puse los ojos en blanco mientras salíamos del ascensor. En la acera había una Harley aparcada. Nada más llegar al vehículo, mi piel se puso de gallina sintiendo la ráfaga de aire frío sobre mis brazos desnudos. Casi como si lo hubiera dicho, noté algo sobre mis hombros y vi a Scott dejando su cazadora.

—¿No has cogido chaqueta? Te podrías resfriar —replicó.

—Sí, papá.

Negó con la cabeza, subiendo en la moto.

—Me preocupa más la falda, la verdad.

Pareció darse cuenta de que llevaba falda cuando clavó los ojos en mis piernas. Los detuvo ahí más tiempo del estrictamente necesario, hasta que me removí incómoda. Él se aclaró la garganta, rascándose la nuca.

—No se te verá nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaré tapándolo todo con mi cuerpo, vamos, no dejaré que nadie te vea nada más de lo necesario.

—¿Seguro?

Vi que estaba a punto de perder la paciencia cuando enarcó una ceja.

Cuando lo miré mientras arrancaba el motor, me di cuenta de que era la primera vez que lo veía con los brazos al descubierto, y los tenía casi completamente cubiertos de tatuajes oscuros y confusos. Le daban un aspecto aún más intimidante del que ya tenía de por sí.

—¿Te gustan? —preguntó al percatarse de que los estaba mirando. Noté un deje de burla en su tono de voz.

Iba a preguntar qué significaban, pero no quería ser entrometida en su vida, así que le dije lo primero que se me ocurrió:

—¿No tendrás frío así?

Él me dedicó una sonrisa sugerente.

—Si me abrazas no lo tendré.

Di gracias a Dios porque era de noche y no se podía ver el rubor de mis mejillas. Avancé hacia la moto y subí detrás de él. Me agarré al borde del sillín y encontré su mirada a través del retrovisor. Aparté la mirada de inmediato, fingiendo que no había ocurrido nada, aunque me pareció detectar una leve expresión de exasperación en su rostro.

Avanzó lentamente. Ese día estaba raro. Conducía más despacio de lo habitual, es decir, como debería conducir normalmente para respetar las leyes de tráfico. La carretera empezó a perderse bajo mis pies. Sentía una especie de hormigueo en el estómago. Debían ser los nervios de la fiesta. Nunca había ido a una sin Jules o Kia. Me sentí expuesta de alguna forma. Ninguna de ellas iba a estar ahí esa noche para echarme una mano si la necesitaba.

Mis brazos se soltaron, sin que me diera cuenta, del sillín y noté la fina tela de su camiseta bajo mis dedos cuando pasé los brazos por su abdomen. La moto se ralentizó suavemente en ese momento y toda su espalda se tensó bruscamente. Pero no podía evitarlo. Entrelacé mis dedos en su estómago y apoyé la mejilla en su espalda cerrando los ojos.

¿Qué me pasaba?

Quizás era que Scott me estaba empezando a caer lo suficientemente bien como para confiar en que no me sacaría de la carretera si me agarraba a él. Lo cierto

era que el viaje fue más cómodo que estar agarrada a algo tan delgado como el borde del sillín.

Casi no me di cuenta de que llegamos a la casa del tal Harry. Estaba rodeada de vehículos mal aparcados en su acera y la de enfrente. En el césped de la enorme casa estaban algunas personas bebiendo o bailando, o enrollándose, aunque en las últimas no me fijé demasiado. Formaban un grupo que se extendía hasta la puerta de la casa, en esos momentos abierta de par en par, ya que la gente no paraba de entrar y salir con vasos en la mano.

Bajé de la moto y Scott me cogió de la mano. Ya casi lo hacíamos por costumbre. Avanzamos hasta la entrada abierta y nos metimos en la casa. En algún momento había sido una casa lo suficientemente grande y bien decorada como para que yo me sintiera intimidada. Sin embargo, todos los muebles habían sido retirados y ahora solo quedaban los de la cocina, donde un chico que servía bebidas los utilizaba. La música puesta a un volumen extremadamente fuerte hizo que me retumbaran los tímpanos y temblara el suelo. ¿Acaso ese tal Harry no tenía vecinos? Porque debían estar contentos con él.

—¡La parejita! —escuché gritar a Adam cuando se acercó con una copa en la mano, claramente borracho.

—¡Has venido! —exclamó Hannah cuando me vio llegar, todas las demás, que acostumbraban a sentarse en la mesa de Scott, la seguían con la excepción de que Sam estaba ausente—. Tenemos que ir a bailar una canción.

—Qué ilusión —ironizó Abby.

La contemplé unos momentos, algo sorprendida. Ella me dirigió una mirada que derrochaba desprecio y se dio la vuelta, perdiéndose entre la multitud. No se me pasó por alto la mirada que le echó a Scott por el camino, aunque él ni siquiera pareció percatarse.

—¿Qué le pasa? —pregunté en el oído a Hannah.

—Está colada por tu chico.

Eso explicaba muchas cosas.

La noche pasó volando. Había estado bailando casi todo el rato con Hannah y Chloe. Por un momento incluso se me olvidó que Kia y Jules no estaban. Al cabo de una hora se había unido Sam, que por lo visto me había hecho caso con lo de buscar otros chicos y había estado ocupada con Harry, el dueño de la casa. Cuando entró en detalles de lo que había estado haciendo, me encargué de ir a la cocina, donde Scott y Adam estaban riéndose mientras Erik se tambaleaba de un lado a otro. Al volver, Sam había vuelto a desaparecer. Bebí hasta que estuve en ese término en el que no ves nada borroso ni te tambaleas, pero eres más valiente de lo que acostumbras a ser.

—¡Voy a por otra cerveza! —le grité a Hannah por encima del ruido de la música, que parecía estar cada vez más alta.

—¡Vale!

Cuando me acerqué de nuevo a la cocina tenía las mejillas algo sonrosadas y el pelo se me pegaba en la nuca. Al salir de la mezcla de gente que había en el centro del salón respiré aliviada. Al entrar en la habitación, noté un dedo golpeando mi hombro. Me giré y el corazón se paralizó al ver a Matt con una sonrisa despreocupada en su rostro.

No recordaba que él había estado ahí todo el rato. Ni siquiera lo había visto.

—¿Quieres sentarte un rato conmigo?

—Eh..., claro.

Tragué saliva y lo seguí con la bebida en la mano, que temblaba descontroladamente. Esperé que no lo notara. Llegamos a un sofá de cuero marrón donde se acomodó y dio unas palmaditas a su lado para que me sentara. Creo que nunca me había sentado tan rígida. Tomé un sorbo de la cerveza, sintiéndola más amarga que nunca y lo miré, esperando a que dijera algo. Sus ojos de color miel me inspeccionaron durante un momento de incómodo silencio incluso dentro de todo el ruido de la fiesta. Después de lo que pareció una eternidad, preguntó:

—¿Qué tal con Scott?

Vaya, esa era la última que esperaba.

—Bi... Bien —tartamudeé.

Las palmas de mis manos estaban húmedas por el sudor. Tuve que coger el vaso con ambas para que no se me resbalara. Qué asco. No quería darle esa impresión la primera vez que hablara con él. Tenía que ser perfecto.

—Me alegro —apoyó los brazos en el respaldo del sofá, de forma que sentía su antebrazo en mi espalda—. No sé qué haces con él, pero me alegro de que salgáis, porque hacía tiempo que no lo veía tan feliz.

Me sentí alagada aunque probablemente no tuviera nada que ver con su felicidad ya que no era su novia real. Le di un trago a la bebida, esta vez con decisión.

—Quiero decir, como nunca trae chicas para que las conozcamos...

—¿Nunca?

—No en el sentido en que ha traído a ti.

Mi mente tardó en entender lo que me intentaba decir. Me puse roja al momento y él pareció querer contener una carcajada. Oh, no, no podía empezar a reírse de mí. Tenía que parecer más firme. Aparté la mirada para respirar un momento y recomponerme.

A través de la gente encontré a Scott en un rincón riendo animadamente con Adam y Erik. Su cabeza se ladeó como si me hubiera percibido y nuestras miradas se encontraron. Mi boca quedó seca cuando vio a Matt conmigo y frunció el ceño. Luego volvió a la conversación porque Adam le había preguntado algo.

Volví a centrarme en Matt, esperando parecer un poco más normal esta vez.

—Bueno, desde Stacy..., pero no quería hablar de eso —siguió Matt.

—¿Stacy? —fruncí el ceño.

—Sí, pero...

—¿Quién es Stacy?

Por un momento, se me olvidó que estaba hablando con Matt. ¿Quién demonios era Stacy? No había ninguna chica en el instituto con ese nombre. O yo no la conocía, que también era posible.

—Solo una chica que vino algunas veces con nosotros.

—¿Y de qué la conocía Scott?

Matt pareció levemente irritado.

—¿Importa mucho?

Parpadeé sorprendida. Vaya, no había querido molestarlo. Él se aclaró la garganta y enseguida sonrió.

—Perdona, estas fiestas no me gustan y me pongo algo irritable —se encogió de hombros y su sonrisa funcionó a la perfección, porque me quedé embelesada al instante.

—No te preocupes.

Abrió la boca para seguir hablando, pero me di cuenta de que todo el mundo se había quedado en silencio. Intenté ver lo que pasaba y lo primero que vi fue a unos tipos vestidos de cuero entrar por la puerta del salón con tan solo el ruido de la música de fondo, la cual había disminuido notablemente. Eran cuatro e iban encabezados por uno rapado con la nariz torcida en un ángulo extraño, como si se la hubiera roto alguna que otra vez y que además sonreía ampliamente. La gente se apartaba para que pasara.

—Vaya, vaya —dijo el de la cabeza pelada—. Bonita fiesta. Es una lástima que no nos hayan invitado.

Dirigió una mirada elocuente al que identifiqué como Harry, que ahora estaba pálido en un rincón, mirándolos como si viera un fantasma.

—Ha habido un problema con nuestras invitaciones —le espetó uno de los chicos que iban detrás de él.

—Yo... Yo pensé... No sabía —empezó a murmurar Harry, aterrorizado.

—Las excusas ya no valen, ahora el daño ya está hecho —dijo el cabecilla sin ni siquiera mirarlo. Miró a su alrededor con gesto sorprendido—. Menuda casa. Aquí tiene que haber una fortuna en muebles y oro, ¿no es así? Mira esto.

Su mano se posó en un mueble y cogió un jarrón blanco que había en él. Lo miró con detenimiento, como si fuera lo más bonito que había visto en su vida. Harry palideció aún más y se abrió paso hasta quedar lo más cerca de él que podía estar sin que su seguridad se viera afectada.

—Eso no, suéltalo, Mike, por favor —suplicó—, es de mi abuela, por favor, es lo que nos quedó de ella. Por favor. Suéltalo.

—¿No quieres que me lo lleve? —preguntó, fingiendo preocupación.

—No, no, no, por favor. Por favor, no te lo lleves. Era de mi abuela...

—Eso ya lo has dicho. Entonces, no puedo llevármelo... Pero, entonces, ¿cómo se me pasará el enfado? No me has invitado a tu fiesta. Y a mis amigos tampoco, ¿acaso me equivoco?

—Mike, por favor...

—Suplícame.

Harry miró un momento a su alrededor, avergonzado. Todos lo estaban observando. En ese momento, en lo último que pensaba nadie era en si se pondría en ridículo o no.

—Por favor, te lo suplico...

Eso pareció divertir a Mike, porque una siniestra sonrisa se posó en sus labios.

—En las fiestas las cosas se rompen —dijo antes de empujar el jarrón hasta que cayó al suelo, haciéndose añicos.

Harry se quedó quieto, mirando el desastre con el espanto en los ojos.

Entonces la mirada de Mike pasó hacia otro punto de la habitación. Sonrió ampliamente cuando encontró su próximo objetivo. Me puse de pie inconscientemente.

Scott.

—¡Pero mirad a quien tenemos aquí! —exclamó fingiendo entusiasmo—. Nuestro querido amigo Scotty. Apuesto a que tú sí me habrías invitado a una fiesta, ¿a que sí?

Scott no dijo nada. Si antes el silencio era tenso, ahora lo era el triple. Nadie decía nada. Parecíamos contener la respiración todos mientras ellos dos se miraban entre ellos.

—Me han dicho que tienes novia —replicó Mike al no obtener ninguna respuesta—. Tengo mucha curiosidad por conocerla. Ya sabes, tenemos gustos parecidos, ¿no es así?

Scott apretó la mandíbula hasta que se le marcó un músculo. Aún así, permaneció en silencio. Iba a lanzarse sobre él de un momento.

—Así que es mentira —Mike sonrió más ampliamente—. Odio a los mentirosos. Y mis amigos también. ¿Verdad, chicos? Dime, Scotty, ¿sabes lo que le hacemos a los mentirosos?

Casi instantáneamente empecé a mover las piernas entumecidas y avancé hasta llegar entre Scott y Mike. Notaba todas las miradas sobre mí. Pero no quería que Scott se metiera en una pelea con todos esos chicos. Lo matarían. Además, él todavía llevaba cardenales en la cara de su última pelea con su padre.

—No es ningún mentiroso —salió de mi garganta. No se notaba el temor que sentía—. Su novia soy yo.

Mike me miró de arriba a abajo. Otro silencio tenso en el que los amigos de Mike se miraron entre ellos, como preguntándose qué debían hacer. Este se rompió cuando el rapado estalló en una sonora carcajada.

—¿Esta? —preguntó sin dejar de reírse—. ¡Si tiene más huevos que tú! Joder, Scotty, vale, tiene carácter pero guapa... No sabía que te gustaran ese tipo de chicas. Oh, vamos. Tú última novia estaba muchísimo más buena, y la chupaba muy bien, no sé si lo llegaste a comprobar —dejó de reír aunque seguía sonriendo. Entonces me habló a mí—. Dime, bonita, ¿qué opinas tú? No te preocupes por él, está más que acostumbrado a que lo engañen con otros. Quizá con una buena sesión te quitaría esa cara de amarga...

No terminó la frase.

Mi mano le dio de lleno en la mejilla.

Se quedó helado unos segundos hasta que me volvió a mirar. Yo tampoco supe muy bien qué hacer. ¿De dónde había salido eso? Noté la palma de la mano escociendo y mi corazón más acelerado de lo normal. ¿Qué había hecho?

En menos de una milésima de segundo, su mirada furiosa quedó oculta por su mano levantándose y el dorso de esta golpeándome en la boca con tal fuerza que choqué con el pecho de Scott con la espalda. Este me sujetó enseguida.

—Perra —gruñó Mike.

Su mano se levantó de nuevo y me cubrí el rostro con las manos, aterrorizada. Aunque el golpe nunca llegó porque algo lo había interceptado. Aparté los dedos lo justo para ver entre ellos y vi la mano de Scott agarrando el puño de Mike. El otro brazo de Scott hizo que me apartara de ellos y me colocara justo detrás de él.

—A ella no —gruñó Scott.

Mike retiró su puño y lo dirigió a la mandíbula de Scott, justo donde tenía el golpe de su padre. Scott se agachó y el puño que tenía dio de lleno en la barriga a Mike, haciéndolo retroceder, sorprendido. No debía estar muy acostumbrado a que se le enfrentaran. Scott se volvió a levantar en posición de ataque, esperando a que el rapado se acercara. Aunque no lo hizo.

—Te arrepentirás de esto —dijo el cabeza pelada antes de mirarme a mí con desprecio—. Y tu novia entrometida también.

Después de lo que pareció una eternidad, se dio la vuelta y empujó a un chico fuera de su camino mientras sus amigos lo seguían. Noté el sabor a sangre en la boca, aunque decidí no tocarlo para no asustarme. Todos se habían quedado en silencio; especialmente Harry, que contemplaba el jarrón roto. Sentí lástima por él.

Noté una mano en mi mentón levantándome la cabeza. Tragué saliva cuando vi a Scott revisando mi boca con el ceño fruncido. Parecía furioso.

—¿Estás bien?

—Sí.

No pareció muy convencido. Con la punta del pulgar acarició la parte de abajo de la herida y retiró la mano. Al frotarse los dedos me di cuenta de que me había quitado la sangre del labio. Me cogió de la mano todavía mirándolo.

—Vámonos de aquí.

No parecía dispuesto a discutirlo, así que me limité a seguirlo mientras salíamos de la casa. Cuando me crucé con Hannah, esta sonrió a modo de apoyo. Mientras que Sam tenía una mueca por mirar a Harry, que sollozaba contra los restos del jarrón. Cuando salimos, él saltó encima de la moto y la arrancó. Subí tras él y me abracé a su abdomen mientras arrancaba bruscamente. Cerré los ojos aterrorizada de lo rápido que iba. Al levantar la vista de nuevo vi mi casa a unos preciosos metros de distancia.

—¿Está tu madre? —escuché que preguntaba.

—No.

Ella nunca estaba. Solo esperaba que se hubiera tomado la medicación.

Bajó de la moto tirando de mi codo hasta el ascensor. Subimos en silencio hasta mi casa. Me temblaban tanto las manos por su expresión de furia que no fui capaz de acertar con la llave. Exasperado, me la arrebató y abrió la puerta él mismo.

En el interior de la casa vi como buscaba con la mirada y entraba en el cuarto de baño, de donde salió con lo necesario para curarme el labio.

—Siéntate —ordenó.

Me senté en el sofá con él a mi lado. Estaba tan quieta que parecía una estatua.

Vi como ponía algo en algodón y luego en la herida que había en mi labio inferior. Puse una mueca. Él apretó los labios, mirándome.

—¿Te duele mucho?

—No. Solo escuece.

—Eso quiere decir que se cura.

—No digas eso. Me recuerdas a mi abuela cuando me curaba las heridas de pequeña y me llamaba Jennifer, como a mi prima.

Él sonrió un poco. La sonrisa se desvaneció al instante.

—No deberías haber dado un golpe a Mike —dijo finalmente.

—Tú también lo hiciste.

—Pero es diferente.

—¿Por qué?

—Porque te estaba defendiendo.

Nos quedamos en silencio. Tenía la mirada clavada en mi labio inferior mientras seguía poniendo el algodón mojado en él.

—Mañana vamos al parque de atracciones Adam, Matt, Erik, las chicas y yo. Les he dicho que iríamos —cambió de tema claramente incómodo por lo último que había dicho—. Si no quieres...

—No, claro que iré —sonreí, pero más bien salió una mueca extraña.

—Está bien.

Terminó de curarme el labio y se separó con los ojos todavía en la herida.

—Esto ya está —me miró por un momento sin saber qué decir, después, sin mirarme se levantó—. Nos vemos mañana.

Se marchó sin mirar atrás. Justo cuando me di cuenta de que seguía llevando su cazadora sobre los hombros.

CAPÍTULO 6

Montaña rusa

Hacía casi media hora que dábamos vueltas por el parque sin subir a ninguna atracción, cosa que agradecía internamente ya que yo no era muy partidaria a subir a una máquina que te subía y te bajaba a toda velocidad por unos raíles. Los chicos iban delante, excepto Matt, que hablaba con Sam detrás de Hannah, Chloe y yo. Los miraba de vez en cuando de reojo; Sam hablaba todo el rato, mientras que Matt parecía mirar las atracciones con poco interés. Estaba tan guapo como siempre incluso con el gesto algo aburrido que tenía en ese momento.

—Por cierto, ¿sabes que dicen por ahí que Scott te está pegando? —Hannah

irrumpió en mis pensamientos.

La miré anonadada. Lo había dicho como si nada.

—¿Me estás vacilando?

—No —Hannah señaló con su dedo a mi labio magullado que había intentado ocultar con un poco de pintalabios—. Todos dicen que por eso Scott no trae nunca novias, porque les pega y tú... Bueno, dicen que te da pena como para dejarlo.

—¿Y tú te lo crees? —pregunté, algo más mordaz de lo necesario.

—Claro que no —pareció ofendida.

Enarqué una ceja todavía sin creermelo que la gente pudiera ser tan chismosa y entrometida. Era una bobada decir que Scott me pegaba cuando era a él a quien pegaba su padre. Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero cuando me acordé de cómo se había peleado con Mike el día anterior.

—Pues no es cierto —gruñí—. Todos los que estuvieron en la fiesta saben que el que me hizo esto era ese Mike...

Cuando dije su nombre en voz alta me acordé de que tenía que hacerle unas cuantas preguntas a Scott.

—Por cierto —dejé de caminar—. Tengo que hablar con mi novio.

Empecé a trotar sin esperar respuesta hasta que quedé al lado de Scott. Este estaba hablando de algo que me importaba bien poco con uno de los chicos que no conocía pero estaba en la mesa de la cafetería. Por un momento, no supe si había sido correcto molestarlo. Quizá se enfadaría si lo interrumpía. Pero, bueno, ¿qué demonios? Se suponía que éramos pareja. Le toqué el hombro con un dedo. Se giró enseguida y frunció el ceño al verme a su lado.

—¿Pasa algo?

—No —negué rápidamente para no preocuparlo—. Solo necesito hablar contigo un momento. A solas.

—Ah..., claro.

Lo cogí del codo y me hice a un lado del grupo, escuchando cómo Adam me indicaba llegar a un parque donde podíamos hacerlo sin problemas detrás de un arbusto, según él. Scott le dijo algo más, pero estaba demasiado concentrada en no tropezar con la gente con la que me cruzaba como para saber de qué se trataba. Lo último que quería ahora era tropezar y que cayéramos los dos.

Cuando estuvimos a una distancia prudente le solté el brazo y empecé a caminar con él a mi lado.

—Me estás asustando —frunció el ceño.

Respiré hondo, ordenando mis pensamientos.

—¿Quién es Mike? —pregunté finalmente.

Lo miré durante unos segundos y comprobé que se había quedado sin palabras. Dudo que se esperara precisamente esa pregunta.

—Un tío. —«No me digas», pensé—. Nadie importante.

—Yo creo que sí es importante teniendo en cuenta lo que hizo.

—Lo que pasó no volverá a pasar —apartó la mirada, incómodo—. Ni siquiera nos conocemos demasiado.

—Lo suficiente como para que fuera directo a ti en cuanto te vio, y supiera que estabas *saliendo* conmigo. —Hice la mímica de las comillas cuando dije *saliendo*.

—Bueno, digamos que tuve unos cuantos problemillas con él hace menos de un año.

—¿Qué problemillas?

Se tensó al instante y por un lado me arrepentí de haber llegado tan lejos, porque ya lo había visto una vez enfadado y no quería volver a verlo de esa forma tan siniestra. Giró su cabeza lentamente hacia mí e, inconscientemente, dejé de caminar y di un paso atrás.

—Si no quieres decírmelo... —susurré.

—Se folló a mi novia.

Vaya, esa no me la esperaba. De hecho, creo que hubiera sido la última respuesta que cruzaría mi mente.

—Oh... Vaya... Eh... —me había puesto nerviosa, por lo que empecé a decir cosas estúpidas. Él me ignoró mientras yo enrojecía.

—Por lo que le destrocé el coche —añadió en un tono más animado, como si fuera algo de lo que sentirse orgulloso.

¿Desde cuándo Scott era un chico que iba por la vida saliendo con zorras y destrozando coches?

—¿Que hiciste qué?

—Estaba enfadado —dijo un poco a la defensiva al ver mi cara—. A ver, se acababa de tirar a mi novia, no podía simplemente quedarme de brazos cruzados. Adam tuvo la idea y a mí no me pareció mal.

—¿Y qué hicisteis? ¿Fuisteis a su casa y empezasteis a destrozar su coche?

—¡No! —pareció ofendido—. Estaba en una fiesta. Se lo destrozamos en la fiesta. Puse los ojos en blanco cuando sonrió.

—No es para tanto, no te pongas así.

—¡Podría haberte denunciado!

—Bueno, no lo hizo, ¿no?

Suspiré y seguí caminando, consciente de que me seguía los pasos.

Pasamos por delante de un puesto de baratijas que parecían reales, hasta que vi la vendedora y la reconocí como la mujer que tenía una joyería en el centro comercial. ¿Qué hacía vendiendo joyas en un lugar como la feria? Mi vista se clavó en un collar oscuro y plateado que brillaba sobre los demás. Parecía una especie de cadena con una inscripción vacía.

—Puedes poner lo que quieras —me informó la mujer enseguida al ver mi cara—. Es la cadena ideal para regalar a alguien y decirle algo importante. Solo cuesta unos doscientos dólares.

Me alejé del collar como si me pudiera pegar la lepra.

—Se sale un poco de mi presupuesto —dije mientras me alejaba con Scott deambulando a mi lado.

Su teléfono sonó con un mensaje que había recibido, por lo que lo cogió al

instante. Dudé si preguntar quién era, no quería ser una novia controladora. Bueno, no era su novia. Técnicamente sí, pero...

—Es Adam —dijo mientras lo escondía en su cazadora y me miraba de reojo, alejándome de mis pensamientos confusos—. Dice que han ido a la montaña rusa del otro lado del parque, que nos veamos en media hora delante del puesto de los bolos.

Asentí, esperando que continuara, pero no lo hizo.

—¿Y qué hacemos?

—Podemos ir a la otra montaña rusa que hay por ahí —propuso señalando hacia detrás—. Me han dicho que está bien.

—No —negué rápidamente.

Enarcó una ceja.

—¿Por qué no?

—Por... Porque hay una noria ahí y... —investigué rápidamente, mirando a mi alrededor en busca de ayuda que no llegaría.

Empecé a caminar hacia la noria sin esperar su respuesta pero apenas había dado dos pasos cuando me cogió del brazo y me detuvo rápidamente. Cerré los ojos frustrada. No iba a ser tan fácil con él.

—¿Te da miedo? —preguntó sonriendo un tanto burlón.

Lo miré roja de vergüenza.

—No.

—En ese caso, perfecto, vamos.

—Es que...

—¿Sí, Jess?

Parecía estar pasándoselo en grande mientras yo me retorecía, muerta de vergüenza.

—Bueno, puede ser que me dé miedo, ¿vale?

Su respuesta fue una sonora carcajada antes de atraerme a su cuerpo y rodearme la cintura con un brazo, cosa que me puso más nerviosa que la dichosa montaña rusa. Empezó a caminar y no me quedó más remedio que seguirlo si no quería que me arrastrara por todo el recinto.

—¿Vértigo? —inquirió.

—No, pero no me gustan las atracciones así.

—¿Has subido a una alguna vez?

—Eh... No.

—Entonces no puedes saber si te gustan.

Me encogí de hombros. Él parecía muy cómodo con nuestra proximidad, mientras que a mí me temblaban las piernas a medida que nos acercábamos a los raíles rojos que formaban la montaña rusa más grande del parque. La gente chillaba como una histérica y se aferraba con fuerza a los asientos en la bajada que había justo en frente de nosotros. No me imaginaba lo que yo haría. Seguramente habría perdido el conocimiento mucho antes de llegar a esa parte.

Nos pusimos al final de la cola y yo noté como los nervios iban en aumento a medida que nos íbamos acercando a la entrada. El empleado nos saludo amablemente y nos indicó uno de los raíles que resultó ser, gracias a Dios, el del medio. Lo último que necesitaba era ir delante. Nos sentamos y nos colocaron una barra gruesa de hierro sobre las piernas, además de un agarre pasado por los hombros. Empecé a tantear incluso delante del pobre hombre en busca de cualquier fallo en la seguridad.

—¿Esta es toda la protección? —gruñí cuando el empleado se alejó. Scott rio aunque a mí me hiciera poca gracia—. Es muy poco, puedo moverme perfectamente. Espero que por lo menos se sujete bi...

Antes de que pudiera seguir protestando por la seguridad de la atracción, una bocina resonó en mis oídos haciendo que me quedara pálida.

—¿Cómo has dicho que se decía la atracción? —escuché a las chicas de delante. La que había hablado parecía tan o más asustada que yo. Por lo menos, no sería la única que lo pasaría mal en ese aspecto.

—La boca del diablo.

—¿Por... Por qué?

—Porque hay un túnel en el que no se ve absolutamente nada al final de la atracción. Es genial porque no sabes por dónde vas.

Me puse aún más pálida y Scott lo notó. Sin embargo, eso solo hizo que riera más.

—Te mataré —susurré—. Si sobrevivo a esta maldita montaña rusa terrorífica te juro que te mataré.

Él rio y alargó el brazo hasta llegar a mi mano, que se aferraba con fuerza al barrote de hierro. Me obligó a soltarlo y rodeó mi mano con la suya. Era un intento de proporcionarme tranquilidad, pero al principio no le vi demasiada utilidad; si yo caía, él caería conmigo. Pero cuando volvió a sonar la bocina y el hombre se colocó detrás del panel de control de la atracción, me di cuenta de que me sentía más seguro agarrando su mano que el barrote.

—Yo estoy aquí —sonrió mientras los vagones empezaban a avanzar.

—Lo que significará un doble asesinato.

—Vamos, si no te gusta cierra los ojos y ya está. Pasará rápido.

—Como nos...

—No va a pasar nada —repitió firmemente—. Vamos, ¿crees que dejaría que te hicieran daño?

Si pretendía que estuviera más tranquila, no funcionó hasta el punto en que me sintiera segura en esa monstruosidad.

Empezamos a subir por una rampa lentamente y escuché a los de delante gritar cuando llegaron al precipicio. Empezamos a descender con tal velocidad que creía que realmente ese trasto no tenía frenos. Tenía la sensación de que mi estómago se iba volando en cada curva que daba. Quería cerrar los ojos, pero por otro lado no quería ir a ciegas. Apreté la mano de Scott como si la mano me fuera en ello y no protestó ni un poco. De hecho, se inclinaba hacia delante para mirarme y reír en las subidas.

—¿Lo ves? No es para tanto.

«Solo me va a dar un paro cardíaco de un momento a otro», pensaba.

El túnel, gracias al dios de las montañas rusas, solo duró unos segundos.

Cuando estaba considerando empezar a golpear a Scott porque realmente veía que moriríamos, el trasto empezó a frenar lentamente, hasta que se paró en la entrada de la atracción de nuevo. Respiré hondo, aliviada. Casi solté una risita histérica.

—Mmm... Jess —Scott llamó mi atención, devolviéndome al bello mundo real en el que no tendría que subir a más montañas monstruosas—. Mi mano.

Miré nuestras manos todavía unidas. La mía, sin darme cuenta, lo había apretado hasta tal punto que estaba roja. Avergonzada, la retiré. Él se rio.

—Perdona —Me disculpé mientras retiraban la seguridad de los asientos.

—No pasa nada, champiñón.

Bajamos de la atracción y nos dimos cuenta de que nos quedaban unos diez minutos, así que nos encaminamos hacia el puesto de los bolos sin mediar palabra. Al llegar no había demasiada gente; las atracciones principales no eran las de tirar a derribar cosas como cristales o bolos, sino las atracciones grandes como la montaña rusa a la que acababa de subir. Toqué la pistola con la que se suponía que tenías que disparar a tirar los bolos. La retiré, ya que yo no tenía buena puntería.

—¿No vas a probar? —me preguntó Scott.

—Qué va, soy malísima.

—Yo jugaba mucho a estas cosas de pe...

—¿Quieres disparar, bonita? —preguntó el tendero, un hombre alto, delgaducho y de melena abundante, interrumpiendo a Scott, el cual lo miró con mala cara.

—No, no —negué con la cabeza—. Tengo muy mala puntería, derribaría el chiringuito.

Él sonrió enseñando sus amarillentos dientes y se encogió de hombros.

—¿Cuántos disparos son? —preguntó Scott interviniendo. El tendero se puso recto en cuanto se percató de su presencia.

—Cinco disparos, dos pavos.

Él asintió con la cabeza y rebuscó en su bolsillo hasta encontrar el dinero. Lo puso sobre el mostrador y cogió una de las pistolas de mentira. El tendero le tendió las cinco balas, que eran bolitas anaranjadas.

—¿Cuál quieres? —preguntó Scott mientras introducía las balas en el arma de mentira.

Me confundió que se ofreciera a regalarme un peluche de los que había ahí.

—¿Ese? —sugirió.

Miré dónde apuntaba. Un enorme peluche de un oso que debía medir un metro que parecía bastante suave y que sostenía un corazón pequeño entre sus zarpas.

—¡Qué bonito! —comenté.

—¿Cuántos hay que derribar para conseguirlo? —preguntó Scott al tendero, que

se cruzó de brazos sonriendo.

—¿El oso grande? —resopló—. Tienes que derribar dos torres de bolos enteras. Había cinco torres compuestas por cinco bolos cada una. Observé como Scott se inclinaba y achinaba un ojo mirando a través del arma el objetivo. Me sorprendió ver como disparaba y no daba a ni uno. El tendero rio entre dientes.

—Un tiro menos, chico —sonrió.

Scott ni lo miró, apuntó al siguiente y se concentró. Lo que menos comprendí era por qué apuntaba un poco hacia la derecha. Cuando apretó el gatillo, los bolos se tambalearon y cayeron todos de golpe haciendo un estruendo. En el siguiente pasó exactamente lo mismo. Dejó el arma sobre la mesa y sonrió al tendero, que le fruncía el ceño.

—Está un poco desviada hacia la izquierda, por si no lo habías visto, hombre —replicó Scott—. El oso de la señorita, por favor.

El tendero murmuró algo parecido a un insulto y agarró el oso dándoselo bruscamente a Scott. Scott me entregó el oso y lo único que fui capaz de hacer fue sonreír como una cría.

Nos quedamos un rato así, a unos metros lejos del tendero que ya estaba ocupado con otros clientes. No era capaz de decir nada. Ningún chico me había hecho nunca ningún regalo. Y nunca pensé que el primero fuera Scott Danvers.

—¿Nos sentamos en un banco? —propuse.

—Sí, vamos.

Nos sentamos en uno bancos de piedra que rodeaban el pasillo de las atracciones en silencio, coloqué el oso a mi lado, así no me molestaba. Ya estaba anocheciendo y las luces de las atracciones daban suficiente luz a mi alrededor como para que pareciera que era de día.

—¿Quién es Stacy? —pregunté suavemente al cabo de unos segundos más de silencio.

Todavía tenía muchas dudas, y las pensaba resolver.

—¿A qué viene eso? —preguntó, sorprendido.

—Solo es una pregunta.

Suspiró.

—¿Quién te ha hablado sobre ella?

—¿Importa mucho?

Negó con la cabeza.

—Supongo que no. Es mi exnovia.

Lo había deducido ya por mí misma, pero necesitaba oírlo de sus labios.

—¿Cómo sabes de ella? —se intrigó de nuevo.

—Antes de que Mike se enfadara habló de que ella... De que ella hizo cosas. —Aclaré, con las mejillas encendidas por lo que había estado a punto de decir.

—Oh...

Nos volvimos a quedar en silencio y me di cuenta de que me estaba mirando fijamente. Ladeé la cabeza para asegurarme y volví la vista al frente al instante

en que nuestras miradas se cruzaron.

—¿Por qué evitas mirarme a los ojos? —escuché que inquiría.

—Yo no hago eso.

—Entonces, mírame.

Me quedé unos segundos considerando su orden hasta que me dije a mí misma que dejara de comportarme como una niña pequeña y lo enfrentara. Ladeé la cabeza de nuevo y lo miré a los ojos. Eran de un azul muy pálido, mucho más de lo que había creído todo este tiempo. Me quedé mirándolo como una boba y preguntándome si él pensaría algo de mis ojos simplemente marrones.

No pude preguntármelo demasiado tiempo más, porque pronto llegaron Adam y los demás y volvimos a casa.

• • •

—¿Qué hacemos con el oso?

La duda había surgido nada más llegar a la moto. ¿Cómo demonios iba a transportar un peluche de un metro encima de la moto de Scott sin que ambos cayéramos?

—Puedo intentar conducir con una mano, pero...

—¡De eso nada! —grité enseguida.

Él se rio.

—Entonces, ¿lo llevas tú?

Miré al oso e intenté pensar algo más inteligente que dejarlo en el suelo e irnos.

Scott subió a la moto mientras yo cavilaba en silencio. Quitó el caballito y puso el motor en marcha, mirándome con una ceja enarcada.

—Puedes dejarlo aquí, no me enfadaré.

—¡No!

No iba a abandonarlo ahí de ninguna manera.

—Lo llevaré yo —dije, finalmente.

Subí detrás de él y me agarré a su abdomen con un brazo, mientras que con el otro sujetaba al oso contra mi costado. Scott me miró de reojo y vi por espejito como reprimía una sonrisa.

—No llamamos la atención ni nada —dijo, arrancando suavemente.

—Creía que eso no te importaba —repliqué, riendo.

—Tienes razón.

Aceleró y me agarré con más fuerza de ambos brazos.

Al llegar delante de mi bloque, los sentía entumecidos. Solté el agarre que tenía en la camiseta de Scott y estiré mis piernas, sujetando al oso de peluche.

—Nos vemos mañana —sonreí.

—Duerme bien —murmuró Scott antes de acelerar de nuevo.

Subí en el ascensor hasta llegar a mi piso con una sonrisa estúpida en los labios y entré con la esperanza de que mi madre ya estuviera dormida, pero la luz encendida de la cocina me alertó de que esa posibilidad estaba claramente

descartada.

—¿Mamá?

—Ven —ordenó con voz seca.

Oh, oh.

Fui a la cocina y la encontré sentada en una silla de la mesa con una taza de té en sus manos y los envoltorios de sus pastillas sobre la mesa sin haber sido abiertos. Respiré hondo.

—Mamá, tienes que tomarte tu medicación.

—¿Por qué no me has dicho que salías con Danvers? —preguntó con voz grave sin siquiera mirarme. No dije nada. Levantó la mirada a la vez que se levantaba de la silla—. Me he tenido que enterar por terceras personas, Jessica.

—Quizás es porque nunca me escuchas —gruñí—. Te lo dije, mamá. Cuando vino a buscarme el otro día lo viste. Tómate la medicación.

—No necesito esa mierda.

Pasó por un lado de la mesa hasta llegar hacia mí y clavó los ojos en el peluche.

—¿Qué es eso? Dámelo.

—No.

No le iba a dar a Ronny.

—Jessica, dame el oso.

—No, mamá, es mío. ¿Estás borracha? No puedes beber. Y lo sabes perfectamente. ¿Cómo te vas a tomar ahora la medicación?

—¡Que no voy a tomármela, Jessica!

Entonces, tendría que tomárselas dos veces al día siguiente.

Giré sobre mis talones y empecé a caminar hacia mi habitación cuando su voz hizo que me detuviera.

—Tu padre se avergonzaría de verte así —escuché.

Si algo no podía soportar ni soportaría aunque se debiera a que había ingerido alcohol, era que mencionaran a mi padre.

—No hables de papá —advertí.

—Él no quería que su hija se comportara como una vulgar puta —siguió mi madre.

—Mamá.

—Siempre fuiste una mala hija.

—¡Para! —me giré, acercándome a ella hasta que quedamos a centímetros y le sostenía la helada mirada—. ¿Putas yo? Papá me entendía, no como tú, él me ayudaba y no se preocupaba solo de sí mismo.

—¿Eso hago yo? ¿Preocuparme solo de mí misma?

—¡Sí! ¡Lo único que tienes que hacer es no beber! ¡La única norma que te puso el médico! ¡Y ni de eso eres capaz de hacer, mamá!

—Eres una egoísta.

Abrí la boca y la miré como si me hubiera dado un puñetazo.

—Ya hablaremos mañana cuando te calmes.

—Eso, huye de tus problemas como siempre —dijo mientras empezaba a caminar por el pasillo hacia mi habitación—. Lo mismo hiciste cuando tu padre murió. Me dejaste sola.

—¿Sola? ¡Pero si tú no hiciste nada! ¡No te preocupaste por nadie!

—¡Estaba enferma, Jessica!

—¡Mi padre se había muerto y tú solo te preocupabas de ti misma! ¡Eres una puta egoísta...!

Antes de poder seguir, noté su mano chocando contra mi boca dándome un golpe seco con el dorso de esta. Me quedé en silencio, asumiendo que me había dado el golpe en el mismo lugar que Mike.

—Eres una mierda de madre —espeté.

Caminé hacia mi habitación y la cerré con llave, ignorando los chillidos que pegaba para que volviera ahí. Aunque ya poco me importaba. Me tiré en mi cama mientras lágrimas silenciosas resbalaban por mis mejillas y me quedé dormida abrazada a Ronny.

CAPÍTULO 7

Partido

El viernes a la hora del almuerzo fui yo sola hacia la cafetería. Por un momento, me entraron ganas de sentarme con mis amigas, pero no estaban ahí, probablemente se encontraban en la biblioteca estudiando para el examen que teníamos en dos horas. La mesa estaba más extraña de lo que ya era de por sí. Todos los chicos se habían sentado a un lado de esta, mientras que las chicas se apilaban como podían al otro lado, mirándolos con mala cara. Me senté entre Hannah y Adam, que era el único sitio libre.

Matt parloteaba sobre técnicas que no conocía de nada mientras algunos de la mesa lo escuchaban atentamente y otros se limitaban a mirar a su alrededor, aburridos. Por lo que sabía, Matt era el favorito del entrenador y el capitán del equipo, así que era él quien llevaba las riendas de la situación.

—¿Empezaremos ya tan fuerte? —preguntó Adam con una mueca en el rostro cuando Matt hizo una pausa para beber un sorbo de refresco que había ido a buscar a la máquina hacía unos segundos.

—No podemos arriesgarnos —gruñó Matt. Luego miró de reojo al lado de Adam, donde estaba sentado Scott jugueteando con el colgante plateado de cadena fina que le colgaba del cuello. La mirada de Matt ardió en llamas—. ¿Scott? Podrías estar atento alguna vez.

—Que no te mire no significa que no escuche —sonrió Scott mirándolo—. Pero si te quedas más tranquilo...

Algunos de la mesa contuvieron una sonrisa y me encontré a mí misma haciendo lo mismo. Matt le dedicó una mirada increíblemente agria teniendo en cuenta lo bonitos que eran sus ojos.

—Escuchad, tenéis que poneros serios, joder; llevamos dos años perdiendo contra ellos. No sé vosotros, pero yo quiero ganar.

Todos se miraron entre sí y asintieron dudosos. Al parecer, era el único que se lo tomaba tan en serio. Adam bostezó y Matt lo fulminó con la mirada.

—Hombres... —susurró Hannah. Luego me dio un golpecito en el codo para llamar mi atención—. Ahora que lo pienso, vamos a animar el partido, ¿puedes venir a vernos!

—Yo..., no sé.

—Puedes venir —contribuyó Sam, sentada sobre la mesa con las piernas cruzadas—. Vamos, después, si ganamos, tendremos una fiesta de celebración.

Eso no hizo que me apeteciera más.

—¡Vamos, Jessie!

—Jess —corregí.

—Después tendrás que celebrarlo con Scott —Chloe, delante de mí, me guiñó un ojo—. Ya sabes, lencería, música, velitas...

—Madre mía, Chloe, ¿crees que los chicos son tan románticos? —Sam puso los ojos en blanco—. Es bastante más físico que eso.

—Eso depende del chico —Hannah le frunció el ceño y me miró con una sonrisa picarona—. ¿Cómo es Scott? Vamos, puedes contárnoslo.

—¿Cómo que cómo es?

—Que cómo es en la cama, Jess —aclaró Sam.

—¡Tiene pinta de ser un tipo duro! —suspiró Chloe.

—¿Te pones lencería sexy para él? —preguntó Sam, inclinándose con una sonrisa.

—¡Yo no me pongo lencería!

Sonó más fuerte de lo que pretendía, y el chillido distrajo a los chicos de la explicación de Matt, aunque a mi parecer ya había terminado. Todos se estaban durmiendo sobre sus bandejas vacías. Cuando me giré y lo vi entrecerrando los ojos en mi dirección, me estremecí apartando la mirada. Se ve que no le gustaba que distrajera a sus jugadores.

—¡Vamos, Jessie! —exclamó Adam pasando el brazo sobre mis hombros—. No seas aburrida, si Scott quiere una recompensa...

¿Qué le había dado a todos con llamarme *Jessie*?

—Jess —corregí, molesta.

—Bueno, no nos has dicho si vendrías —Hannah me miró.

—Puedes traer a quien quieras, hay unos cinco asientos libres en la segunda fila —propuso Chloe.

—Eso, Jessie, tienes que venir a animarnos —Adam me dio un apretón en el hombro.

Vi como ponía una mueca casi al instante y Scott retiraba la mano de su nuca, después de darle ahí con la mano. Adam se apartó de mí, divertido.

—¿Cómo tengo que decirte que dejes de intentar meter mano a mi chica, tío? —preguntó Scott.

—Lo siento, son mis instintos primarios.

—Sí, claro, pues ya puedes cambiarme el sitio.

—No he terminado.

Matt había hablado en voz baja, fría. Scott y Adam lo miraron al instante. No parecían demasiado asustados. Matt echaba chispas por los ojos. Por un momento, no me pareció tan atractivo y dulce como el día anterior.

—Yo creo que sí —dijo finalmente Scott con el mismo tono que él.

Scott y Adam intercambiaron los asientos riendo y los demás del equipo se empezaron a dispersar de la mesa, yendo a otra o sentándose con las chicas. Matt movió los labios y soltó lo que creí que era una maldición en voz baja mientras Scott y Adam seguían riendo y bromeando.

—¿Qué te parecería a ti que yo metiera mano a tu novia? —le estaba preguntando Scott.

—Yo soy un hombre generoso, lo comparto todo con mis amigos. Además, no tengo novia, por si no te habías dado cuenta.

Hannah se removió en su silla a mi lado.

—Pues yo no. Cuidado donde pones las manos —Scott rio y lo empujó con el hombro.

Se metía muy bien en el personaje.

Pero cuando lo miré bien mi sonrisa se congeló en mi rostro como si me hubiera dado un golpe. Como se había sentado lejos de mí, no había podido hablar con él directamente y no me había dado cuenta de que su pómulo derecho estaba amoratado y tenía un golpe nuevo en la mandíbula. No hacía mucho que estaban hechos, porque aún estaban volviéndose morados. Parecían menos graves que los de la última vez, al menos. Lo más increíble era que nadie se había dado cuenta, o no había preguntado.

Extendí la mano hacia él para llamarle la atención, pero apenas lo había tocado cuando escuché otra voz delante de mí:

—¿Estás bien? —Matt me sonrió casi como si se estuviera burlando.

Scott se había dado cuenta de donde miraba y apartó el rostro.

—Scott —Lo llamé, aunque no giró la cabeza—. ¿Podemos hablar un momento? A solas.

Todos miraron a Scott, que parecía más tenso de lo normal. Mi voz había salido como una especie de «tenemos que hablar». Adam lo miró con un interrogante en los ojos.

—¿De qué? —preguntó, mordaz.

Bueno, estaba claro que no le apetecía hablarlo. Me dio igual.

—Sabes de qué —repliqué, en tono que no dejaba dudas.

Vi como «mi novio» empujaba el taburete hacia atrás mientras se levantaba y lo

seguí rápidamente. Parecía que se estaba dirigiendo a una guerra. Se escuchaban los cuchicheos de la gente cada vez que pasábamos por una mesa. Scott no me cogió la mano como de costumbre. Ni me miró. Solo me agarró del brazo bruscamente y cruzó los pasillos arrastrándome cual muñeca. Se metió en una sala amplia que al principio no reconocí, hasta que divisé las duchas y los bancos desiertos. Estábamos en los vestuarios de los chicos. Completamente solos ya que en la hora del almuerzo supuestamente estaban cerrados. Por un momento, me pregunté por qué estarían abiertos, pero la duda se disipó cuando abrió la boca.

—Puedo explicarlo —dijo nada más cerrar la puerta y dejar la mochila en una banqueta.

—¿Ha sido tu padre? —pregunté temiendo la respuesta.

Cuando apartó la mirada lo tomé como una afirmación.

—Scott, no puedes seguir así, no puedes vivir con la persona que te hace algo así... Tienes que hablar con tu madre o con la poli...

—¿Crees que a mí me gusta esta mierda? —saltó de repente, asustándome. Apretó los puños y se apoyó en el lavabo, dándome la espalda, por lo que volví a encontrar su mirada a través del espejo que estaba a su altura—. Mi madre también está asustada.

Esperé unos segundos a que continuara, pero no lo hizo, así que hablé yo con la garganta seca.

—¿Tu madre también...?

—¿Por qué te crees que me dio a mí? —preguntó, apartando la mirada—. Porque no quería que mi madre sufriera. No vivirá en nuestra casa por mucho más tiempo, y mis dos hermanas tampoco, ellas dos hace meses que viven con mi tía. Lisa siempre coge un bus para poder venir al instituto aquí.

Ni siquiera sabía que tuviera dos hermanas.

—¿Y tú vives con él?

—Mi tía ya tiene suficiente con tres personas más en casa, no quiero ser una molestia.

—Scott, no puedes seguir viviendo con él.

Él suspiró, pero no dijo nada.

—¿Qué pasó? —pregunté suavemente, tanto como pude.

Él agachó la cabeza, pegando su barbilla en el pecho.

—Anoche estaba en mi habitación después de cenar con mi madre —empezó sin mirarme—. De pronto, escuché la puerta principal y a gente gritando. Bajé rápido las escaleras y... —apretó tanto los puños que sus nudillos estaban blancos y empecé a preocuparme seriamente de que se hiciera daño—...y mi madre lloraba en un rincón de la habitación. No la golpeó, pero iba borracho y no lo dudaría. Cuando vi que se acercaba, no lo pude evitar y lo empujé para que se apartara de ella. Mi padre se enfadó cuando lo hice y tiró la botella de cerveza contra la pared. Lo demás sobra explicarlo. Se desmayó unos minutos más tarde.

Nos quedamos en silencio y él levantó la cabeza, cruzando la mirada conmigo en el espejo. No sabía qué hacer ni qué decir, solo sentía un nudo en mi garganta y

no quería llorar por él. No quería que me viera llorar; lo haría sentir peor de lo que ya estaba.

Pero, entonces, la imagen de su padre golpeándolo vino a mi mente y deduje que su cara no sería la única afectada.

—Quítate la camiseta, Scott.

Él se quedó pálido.

—No.

—Por favor.

Él estuvo unos segundos mirándome sin pestañear hasta que cogió el bordillo de su fina camiseta verde y tiró hacia arriba, dejando su torso desnudo.

Me llevé las manos a la boca.

El abdomen apenas tenía golpes, pero el pecho era la zona más afectada, había bastantes golpes ya pequeños y amoratados llenándolo, aunque no llegaban tan arriba como para que se vieran con una camiseta puesta. En la espalda también había algunas pocas partes rojas que parecían poco graves en comparación al resto de su cuerpo.

—Dios, Scott... —susurré—. Me da igual lo que digas, no puedes seguir así... Te puede hacer mucho más daño.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que viva en la calle?

—Ven a mi casa.

Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas.

—Jess, no podría...

—Mira, no es la mejor casa del mundo, pero hay una habitación de invitados convertida en un almacén para ropa vieja, pero si lo quitamos todo, podrías tener una habitación...

—No puedo.

—¿Por qué no? —pregunté, casi implorando.

—Porque no puedo dejar a mi madre sola, Jess.

Asentí con la cabeza, tenía razón. Hasta que se fuera su madre estaría atado a esa casa.

—Esto es una mierda —murmuré.

—Una gran mierda.

Él me miraba con el labio fruncido y, entonces, hizo lo que menos esperaba.

Se agachó quedándose sentado con la espalda en la pared y hundió la cara en sus manos, pegando las rodillas a su pecho. Sus hombros se agitaban suavemente mientras profería ruidos sordos parecidos a jadeos.

Estaba llorando.

Si hace unos meses o incluso años me hubieran dicho que Scott Danvers se pondría a llorar delante de mí, lo más probable sería que mandara a freír espárragos al que lo había dicho. Me habría dado igual. Pero ahora no me sentía indiferente por verlo de esa forma, y menos sabiendo el motivo por el que lloraba.

Me agaché junto a él enseguida y me quedé de rodillas a su lado.

—No puedo más, Jess, ya no puedo más...

—Scott, estoy contigo, yo y tu madre; no estás solo —le dije intentando consolarlo.

De repente abrió sus brazos y noté como se abrazaba a mí. Sus brazos rodearon mi cintura y su cabeza quedó apoyada en mi estómago, dejándome sin saber muy bien qué hacer durante unos segundos. Hasta que rodeé su cabeza con mis brazos, haciendo que sus dedos se apretaran a mi camiseta, arrugándola. No me importó en absoluto..

—No me dejes solo —pidió después de unos minutos, cuando se tranquilizó un poco.

—No lo haré —respondí enseguida.

• • •

Un silbato hizo que todos los jugadores del equipo local se pusieran en posición de ataque contra el equipo visitante. Mi equipo, el de las camisetas blancas con un estampado de una cabeza de tigre gruñendo naranja, parecía concentrado en observar los movimientos de los chicos vestidos con camisetas oscuras. Frunciéndose el ceño entre ellos tras las barras del casco de protección que tenían puesto.

Mis ojos vagaron por la fila de chicos hasta que di con Scott. Casi todos los del equipo eran chicos grandes, con más masa corporal que un toro. Él parecía demasiado delgado en comparación, y eso que tenía un cuerpo bien estructurado. No pude evitar una sonrisa cuando recordé el día anterior.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Kia inclinándose hacia mí y distrayendo mis pensamientos—. Jules me acompañará a buscar unas cervezas. Hay un chico de séptimo que las vende detrás del campo. Son un poco caras, pero es mejor que esa cosa a la que llaman refresco.

—Sí, claro, traedme una.

Jules y Kia estaban sentadas conmigo en las cinco sillas vacías que había en la segunda fila. Me quedé en el medio, esperando que volvieran, hasta que noté como alguien se sentaba a mi lado. Cuando ladeé la cabeza encontré a un chico que no conocía de nada. Sus ojos castaños me miraban con una sonrisa casi petulante en los labios.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó con voz alegre.

Me quedé mirándolo unos segundos sin comprender, ¿qué hacía un chico guapo como él hablando conmigo? ¿Lo conocía de algo?

—Eh..., mis amigas han ido a por cervezas y yo me he quedado guardando sitio —sonreí sin saber muy bien qué decir.

—Pues deberías mejorar tu trabajo —comentó señalando el sitio que ahora había ocupado.

—Oh, no, ese estaba libre.

Sonrió a modo de respuesta. Me di cuenta enseguida de que había cometido un error al comentarlo.

—Entonces, voy a poder hacerte compañía durante el partido.

—Eh... No... Verás...

—¿Cómo te llamas? —me sonrió de nuevo.

Vi como Matt le colocaba una mano en el hombro a Scott y se levantaba el casco para decirle algo. Scott dio un asentimiento con la cabeza secamente. Yo solo quería mirar el dichoso partido, ¿no podía irse a otra parte?

—Jess.

—Yo soy David —su sonrisa se ensanchó cuando lo miré de reojo—. ¿Eres de por aquí?

Pesado.

Estaba claro que intentaba, de alguna forma, ligar conmigo. Pero yo ya tenía más que suficiente con los dos chavalotes que se encontraban agachados en el césped de la cancha. Especialmente con el que ahora estaba poniéndose de pie lentamente, dispuesto a salir corriendo por el campo.

—Sí.

—¿Y te gusta el deporte?

—No demasiado.

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a ver a mi novio —le sonreí dulcemente, señalando a Scott en medio del campo.

La expresión de David cambió al instante por una de incomodidad.

—Ah... Tienes novio.

—Pues sí. Además, hace boxeo y kárate. Así que si quieres ir a ver los combates supongo que también nos veremos por ahí.

No era cierto, pero por la cara que se le quedó fue divertido.

—Creo que yo... —empezó a ponerse de pie cuando Jules y Kia volvieron con las cervezas.

—¡Una cervecita para la amiguita! —exclamó Jules, ignorando categóricamente a David mientras me pasaba el vaso.

—Gracias —le guiñé un ojo.

—Eh... Hola —le murmuró Kia a David al darse cuenta de que la estaba mirando fijamente.

Así fue como cambió de objetivo y yo pude disfrutar de ver el partido con Jules a mi lado soltando tacos cada vez que tumbaban a uno de nuestro equipo. Pero destacaban los de David, que no dejaba de decirle a Kia cosas innecesarias sobre el partido. Ella asentía con la cabeza, con increíble paciencia. Luego se puso a explicar los movimientos de mi nov... De Scott. Estaba por responderle que tenía ojos y podía verlo perfectamente sin necesitar sus comentarios de locutor. Pero me retenía porque Kia sí que parecía interesada en ellos a medida que pasaba el rato.

Matt se mantenía dando voces, gritaba sobre todo a dos chicos de corpulencia ancha que todo el rato placaban al mismo jugador del equipo contrario.

Un rato más tarde por los gritos de Jules y los del público a mi espalda supe que habíamos ganado. Casi me había quedado dormida.

Cuando los jugadores de nuestro equipo se quitaron los cascos felices de haber

ganado, empezaron a gritar y a reír, dándose palmaditas entre ellos. Matt era el único que no parecía demasiado entusiasmado; solo buscaba con la mirada en el público, parecía concentrado. Scott iba con Adam, que gritaba cosas a las animadoras mientras pasaba por su lado. Divisé la melena rubia de Hannah agitándose mientras todas daban saltitos.

Me puse de y lancé el vaso vacío a la basura. Cuando me giré, encontré de nuevo a David. Kia nos miraba con los ojos entrecerrados. Al parecer, un novio como el que había definido no era suficiente para que se alejara de mí.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Jess.

—Claro —le dediqué una sonrisa cortés al intentar pasar por su lado, pero él me agarró del brazo al instante.

—Si quieres un día de estos puedes venir conmigo a una fiesta de nuestra fraternidad, te lo pasarías bi...

Antes de que pudiera terminar, una figura bastante conocida se acercó por su espalda y le sonreí a Scott. David frunció el ceño mirándolo y Scott lo echó a un lado con poco cuidado, haciendo que casi se cayera de la grada. David estaba pálido.

—Deja en paz a mi chica y liga con las de tu fraternidad, idiota. —gruñó Scott mirándolo con mala cara.

El chico no insistió, solo se encogió de hombros y fue de nuevo hacia mis amigas. Jules lo estaba mirando con mala cara mientras seguía parlotando como si no hubiera habido pausa.

—¿Estás bien? —me preguntó Scott, desviando mi atención hacia él.

—Sí. Pero, ¡habéis ganado, enhorabuena, Scott!

Este sonreía ampliamente con el casco a medio poner. Hacía desde la noche del parque que no lo veía sonreír tan abiertamente. Abrió la boca para decir algo, pero el ruido de una cámara disparándose hizo que ambos giráramos la cabeza hacia una chica rubia bajita con una enorme cámara ante ella. En el pecho llevaba una chapa que ponía: *Instituto Eastwood - Lucy Yvosh*. Nuestro instituto. La reconocí de haberla visto por los pasillos repartiendo periódicos que poca gente quería comprar. Era simpática.

—¡Una foto para la portada del periódico! —exclamó sin dejar de pulsar con el dedo en el botón—. ¡Vamos, besaos!

Miré de reojo a Scott, que no había quitado esa estúpida sonrisa de su rostro. Cuando quise darme cuenta, había cruzado la distancia que nos separaba y me cogía con sus grandes brazos por la cintura, pegándome a él. Me quedé helada cuando sentí sus labios sobre los míos. No creí que lo fuera a hacer. Debía ser la euforia del momento.

—¡Eso es! ¡Muy bien! ¡Quítale el casco, Jessie! —exclamaba Lucy entusiasmada.

—Jess —corregí de mala gana sobre los labios de Scott, quien rio.

En serio, no era tan difícil, era Jess, no Jessie.

Con las manos me deshice del casco que llevaba medio puesto en la cabeza y el beso se hizo más cercano. No me sentía cómoda siendo consciente de que los ojos de la mitad del estadio estaban sobre nosotros y nos estaban haciendo fotos, pero me obligué a cerrar los ojos y dejarme llevar. Y Scott lo notó, porque me

sujetó de la nuca y se inclinó hacia delante, produciendo una extraña sensación de electricidad que subió por mi columna vertebral y me alejé al instante.

La fotógrafa gritaba que éramos geniales, pero ninguno escuchábamos. La mirada de Scott estaba sobre mí, confundida. ¿Habría sentido lo mismo que yo? ¿Qué había sido eso?

—¡Chicos! —La voz de Adam detrás de nosotros hizo que volviéramos a la realidad—. ¡Fiesta para celebrar la victoria!

CAPÍTULO 8

Campeones

La fiesta era en una casa cercana al instituto así que en unos cinco minutos Scott estaba aparcando la moto delante de esta. Se había pasado el viaje persiguiendo el coche de Adam, que no dejaba de sacar la cabeza por la ventana y gritar que habíamos ganado. Quizá en otra ocasión me habría parecido algo temerario y peligroso, pero lo cierto era que me lo pasé francamente bien.

Cuando entramos en la enorme casa, un coro de gente empezó a felicitar a Adam y Scott, palmeándoles las espaldas, pasándoles vasos de cerveza y riendo. Scott no parecía demasiado cómodo con eso. Se limitó a agarrarme la mano y sacarnos de la masa de gente. Adam, en cambio, estaba encantado con la atención que le estaban prestando.

Todas las animadoras estaban reunidas excepto Sam, como de costumbre, que estaba bailando con unos cuantos chicos como si le fuera la vida en ello. En cuanto Adam los vio, se acercó y se unió, riendo.

—¡Hemos ganado! —exclamó Hannah al vernos llegar.

Hannah me estaba empezando a caer realmente bien, aunque detestaba su afán por impresionar a Sam continuamente. Y su entusiasmo, que a veces parecía más hiperactividad, tampoco me encantaba. Sin embargo, me parecía la más sincera y buena persona de la mesa del almuerzo.

—¡Erik ha dicho que la mayoría ya están arriba! —esta vez habló con Scott, era de las pocas chicas que hablaban con él sin parecer intimidadas—. Quizás deberíamos empezar a subir.

—Vamos, entonces.

¿De qué hablaban?

Scott me apretó un poco la mano. Seguía recordando el beso que me había dado una hora antes. Subimos por unas escaleras de caracol hasta un pasillo poco iluminado. Hannah se quedó delante de una puerta blanca. En ese momento me di cuenta de que Adam había desaparecido. Apreté la mano de Scott, llamando su atención.

—Espera, primero voy al baño —susurré.

—¿Lo sabrás encontrar?

—Creo que podré guiarme yo solita —reí.

—Vale, te espero aquí.

Para mi sorpresa, me planto un beso en la mejilla y sentí que enrojecía hasta la raíz del pelo. Hannah soltó algo parecido a lo monos que éramos.

Me separé de él intentando calmarme y avancé por el pasillo solitario en silencio. Miraba cada puerta e intentaba abrirlas, aunque algunas estaban cerradas con llave o eran simplemente habitaciones vacías. Llegué a la última puerta del pasillo y la abrí sin parar a pensar en lo que estaba haciendo.

Me quedé helada por la escena que había delante de mis ojos.

Había una cama enorme que hacía un enorme ruido por las figuras agitadas que había sobre ellos.

La primera cara que divisé fue la de Sam, que se agitaba con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Iba vestida tan solo con unas bragas negras. Sobre ella había otra figura besándola por zonas que era mejor no mencionar. Estaba semidesnudo también. Sus manos se deslizaban por la cama, apretando el edredón, hasta que giró la cabeza en mi dirección y parpadeó sorprendido. Al reconocermé, sonrió ampliamente.

—Vaya, Jess, puedes venir si quieres —dijo Adam.

Sam abrió los ojos de golpe y me miró sin vergüenza alguna.

—¿Ya han ido a jugar a reto? —preguntó con calma.

¿Cómo podía estar tan tranquila?

Tierra, trágame.

—Eh... —no me salían palabras— Hannah nos... Nos ha lla... Llamado.

¿Tenían que estar desnudos? ¿No podía encontrarlos jugando al ajedrez?

—Ah, ahora venimos, ¿puedes cerrar la puerta?

—O venir —sonrió Adam acompañado de un guiño de ojo.

Mi respuesta fue salir y cerrar tan rápido como pude. Nunca había estado tan incómoda. Por lo menos encontré el baño y pude volver a la habitación poco después con las mejillas encendidas. Esta era pequeña y cuadrada, con una mesa de madera redonda y varias sillas alrededor. Estaban ocupadas por Hannah, Chloe, Abby, Matt, Erik, Scott y un chico al que no conocía. Justo detrás de mí entraron Adam y Sam despeinados y agitados a toda prisa y tomaron asiento. Scott me hizo una seña para que me sentara entre él y Hannah.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, frunciendo el ceño.

Mi respuesta fue echar una ojeada a Adam y Sam, que seguían arreglándose la ropa y el pelo. Scott puso una mueca.

—Espero que, al menos, estuvieran vestidos —murmuró.

—Gracias a los cielos —mascullé.

Él rio un poco, antes de que el chico que no conocía empezara a hablar. Al parecer, era el dueño de la casa.

—Bueno, ahora que estamos todos, empecemos con el juego.

—¿En qué consiste el juego? —pregunté en un susurro a Scott mientras el chico colocaba una botella de cristal vacía en el centro de la mesa.

—Alguien gira la botella —susurró Scott—, al que apunte la botella, tiene que darle a cumplir un reto, si no lo cumple tendrá que estar diez minutos en un armario oscuro con el que elijan los demás. Ah, sí, él es Craig.

Qué bien.

—¿Quién quiere empezar? —preguntó Craig con una enorme sonrisa.

Adam se abalanzó sobre la botella y, con un giro de muñeca, esta comenzó a girar ralentizándose a cada vuelta, hasta que por fin se paró, en dirección a dos lados de mi derecha, donde estaba sentada Sam. Adam esbozó una sonrisa.

—Te reto a decir... —dirigió una mirada a toda la habitación— ¿Con qué chica de esta habitación te enrollarías si fueras lesbiana?

Sam entrecerró los ojos y tomó un trago de cerveza antes de decir:

—Con Jess.

Mi cara enrojeció de repente cuando todos los de la mesa soltaron una ovación o una carcajada.

—¡Cuidado Scott que van a por tu chica! —Se mofó Adam.

Hubo unas cuantas risas más, incluso provenientes de Scott. Tomé un trago de cerveza que había delante de mí, sin importarme de quien fuera.

—Bueno, te toca, Sam —intervino Erik.

Cuando Sam hizo girar la botella, vi como Hannah y Chloe se encogían en su sitio. Era de imaginar que, cuando era a Sam a quien tocaba, ella enviaba las peores pruebas que cumplir. La botella se detuvo apuntando a Abby. Esta enarcó una ceja aunque no pareció del todo nerviosa. De hecho, parecía contenta.

—Vamos a ver... —Sam colocó en sus labios una sonrisa malvada, aunque Abby mantuvo su pose de tranquilidad—. Enróllate con Scott.

Hubo silencio.

¿Había oído bien?

—Qué poca originalidad —solté sin pensarlo.

Abby me miró con mala cara. De hecho, todos me miraron. No me apetecía ver como se enrollaba con mi novio, o lo que fuera Scott.

Abby esbozó una sonrisa parecida a la que estaba en el rostro de Sam, ignorándome por completo. Se levantó de su silla y me miró de reojo, como asegurándose de que estaba observando, y luego agarró del cuello de la camiseta a Scott, inclinándose sobre él. Sus labios aprisionaron los de Scott y sentí una extraña punzada en el estómago que me obligó a mirar hacia el vaso de la mesa que acababan de llenar. Lo vacié de un trago. Me sentía extraña, me quería ir de ahí. No quería ver eso.

—Ya está, ¿no? —dijo Hannah viendo mi expresión.

Escuché los pasos de Abby volviendo a su asiento con aire triunfante y a Scott colocándose de nuevo, con los labios hinchados. Se pasó el dorso de la mano por estos. Noté como se inclinaba hacia mí mientras Abby hacía girar la botella

sobre la mesa y todos se concentraban en el juego sin decir nada.

—¿Por qué esa cara? —me preguntó en un susurro para que nadie más lo oyera. Definitivamente era un idiota. Y yo más por molestarme en pensar nada. Tampoco éramos novios de verdad, no tenía derecho a enfadarme con él.

¡Pero estaba enfadada!

Me eché hacia Hannah, alejándome de él. No me sentía con ánimos de contestarle cuando acababa de enrollarse con otra en mis narices. Especialmente con la que estaba colada por él, joder. Pero, ¿por qué me importaba? Vale, se suponía que no éramos nada, pero no podía evitar sentir esa rabia fluyendo por mis venas como la sangre.

Cuando la botella apuntó hacia mí.

Me quedé helada mientras veía como Abby sonreía triunfante y miraba de reojo a los demás. Tomé otro trago de cerveza, que ya empezaba a hacer efecto en mi cabeza y cerré los ojos sabiendo que lo que vendría a continuación no sería nada bueno. Casi parecía esperar mi sentencia de muerte.

—Mmm... Déjame pensar —dijo Abby en tono jocosos, mientras se daba toquecitos en la barbilla—. Oh, ya sé —la sonrisa de oreja a oreja se ensanchó, si es que era posible. Parecía The Joker—. Dale a Matt un beso, pero un beso de los buenos, sentada sobre él.

Abrí extremadamente los ojos mientras notaba que el corazón se aceleraba extremadamente en mi pecho, aporreando mis costillas.

—No.

Scott negó rotundamente con la cabeza.

—Es el juego, tío —dijo Erik.

Todos parecían estar disfrutando del espectáculo.

—Me importa una mierda el juego, además...

—Con Stacy no eras tan posesivo —intervino Matt, haciendo que todos los de la mesa contuvieran el aliento mirándolo—. Además, acabas de liarle con Abby, es lo justo, ¿no?

Una mirada espeluznante cruzó la mesa entre ellos, y yo me estremecí. Aunque pronto la sensación de que la rabia volvía a apoderarse de mí venció todo lo demás. Tenía tanto derecho a besar a Matt como él de besar a Abby. Sería mi pequeña venganza.

Me levanté y rodeé la mesa hasta llegar al lado de Matt, quien me miraba fijamente sin ninguna expresión en el rostro. Me senté en sus piernas con mi corazón en un puño y rodeé su cuello con mis brazos. Todas mis dudas se desvanecieron cuando él me atrajo hacia su boca en un movimiento. Cerré los ojos al sentir el contacto de sus suaves labios y mi corazón empezó a latir con fuerza, con mucha más fuerza de lo que había latido en cualquier momento de mi vida.

Tantos años esperando por esto... Y por fin lo tenía. Estaba besando a Matt. Sus labios no eran tan suaves como los de Scott, y su beso parecía más hambriento que el que me había dado Scott.

Un momento, ¿por qué los estaba comparando? ¡Lo estaba besando! Por fin lo

estaba besando y yo pensando en...

La puerta se cerró de golpe y levanté la cabeza. La silla de Scott estaba vacía.

Casi sin pensarlo salí corriendo escaleras abajo, esquivando a la gente que se agolpaba en medio, que me miraban extrañados. Seguí corriendo hasta que salí de la casa y lo vi arrancando la moto a lo lejos.

—¡Espera! —grité.

No sabía muy bien por qué lo estaba siguiendo, pero conseguí llegar a él y me coloqué delante de la moto, impidiendo que avanzara más. Su mirada gélida se clavó en mí, pero al ir un poco borracha no me importó tanto como de costumbre.

—¿Por qué te enfadas? Tú has hecho lo mismo con Abby.

—No es lo mismo.

—¿Y por qué no?

—Porque ese tío es...

—Es un buen chico, y Abby es una imbécil.

Su mirada empezó a destilar chispas cuando terminé de decir buen chico. No creo que escuchara lo que había dicho de Abby. Él apretó las manos en el manillar y su voz sonó baja pero clara cuando gruñó:

—Apártate, Jess.

—No, no me quiero apartar, joder. No entiendo por qué te pones así... —empecé a protestar.

—¡Porque se supone que estamos saliendo, joder! —se exaltó de repente.

—¿Acaso pensabas en eso mientras le metías la lengua hasta la garganta a Abby?

—¡No me hubiera importado tanto si fuera con otro tío, créeme, pero ese cab...!

—¡Se supone que estamos juntos porque quería acercarme a Matt, y tú ahora te enfadas porque lo estoy consiguiendo! ¿No te das cuenta de lo contradictorio que eres?

—¡Entonces, lárgate con él! —me espetó—. Ya has conseguido lo que querías, enhorabuena, ya no me necesitas así que vete con él, tíratelo y haz lo que quieras, ya no eres asunto mío, así que apártate de mi camino. Ojalá nunca te hubiera propuesto nada, así no tendría nada que ver contigo.

Me quedé en silencio, asimilando lo que había dicho mientras mis ojos se llenaban de lágrimas de rabia. Él resopló y giró la moto hacia la derecha, pasando por mi lado, largándose y dejándome de pie y sola en medio de la carretera.

Cuando Hannah llegó a mi lado, no lo pude evitar y me eché a llorar como una estúpida.

—Vamos, Jessie, te llevaré a casa.

Ni siquiera me importó que me llamara *Jessie*.

CAPÍTULO 9

Peledos

Silenciosamente, tomé asiento en la cafetería sin mirar a nadie en concreto, aunque podía notar todas las miradas sobre mí, cuchicheando sobre lo ocurrido la noche de antier. Aunque tenía que admitir que tenía un aspecto algo penoso; la «ruptura» con Scott me había afectado más de lo que esperaba, mucho más. No dejaba de insultarlo mentalmente por ser un hipócrita egoísta. Después me lamentaba de haber besado a Matt. Y volvía a recordar su beso con Abby y se me pasaba. Volvía a insultarlo por ser un hipócrita egoísta y así todo el fin de semana. Tenía ojeras de haber dormido mal, el pelo algo alborotado y la mirada perdida; parecía una loca a la fuga.

—¿Te has peleado con Matt? —preguntó Kia nada más verme llegar a la mesa, mientras que Jules se dedicaba a inspeccionarme extrañada.

—No —negué con la cabeza—. Con Scott.

Noté como intercambiaban una mirada confusa entre ellas.

—¿Y? ¡Que le den a Scott! —Jules se apresuró a decir—. Si no puedes mandarlo a tomar por culo... ¡Acuérdate de cuando íbamos a primero de secundaria!

—De eso hace mucho. —Kia puso una mueca.

—¿Qué más da? Es para que se dé cuenta de que no es para tanto.

Me acordaba perfectamente de ese día.

Cuando llegué al colegio con Kia y Jules recuerdo como todos me miraban de reojo riéndose mientras caminaba, aunque yo no llevaba nada gracioso, ni en la cara ni en la ropa. Incluso le pedí a mis amigas que lo revisaran por si acaso, pero nada. La respuesta vino sola cuando llegué a la pared de las noticias, donde ponían todas y cada una de las noticias que circulaban en el colegio.

Ahí estaba yo, bueno, no exactamente. Habían recortado una imagen de una prostituta en una barra de *striptease* y le habían puesto de cara una imagen mía en la que sonreía tímidamente. Abajo, con letras enormes, ponía:

«De una golfa nace otra golfa».

Lo primero que vi fue a los mayores del equipo y todos sus amigos acercándose y riéndose a carcajada limpia. El único que no estaba era Scott, y supe que había sido él.

Noté como en ese momento alguien me daba un suave golpe en el hombro con el dedo y me giré. Me quedé pálida cuando vi a Matt de pie mirándome ahora con las manos en los bolsillos. Jules y Kia intercambiaron miradas significativas.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Dibujó una sonrisa en su rostro angelical, haciendo que le diera ese puntito de buen niño que volvía locas a todas las chicas del instituto —incluida yo— y que hacía imposible ser más sexy.

—Eh... Sí, claro.

Me levanté cogiendo mi mochila y vi como Jules me guiñaba un ojo. Sentía el pulso acelerándose peligrosamente mientras él caminaba lentamente hasta llegar a un rincón de las taquillas donde no pasaba nadie y solía estar por la mañana. Casi daba saltitos de alegría tras él. Tragué saliva. Apoyó su espalda en la pared y su mirada se deslizó lentamente desde mis pies hasta mis ojos, cosa que hizo que me estremeciera visiblemente. Al notarlo, una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios.

—¿Y bien? —pregunté mirando mis manos entrelazadas a la altura de mi abdomen.

—Así que has cortado con Scott... —comentó sin borrar la sonrisa.

—No exactamente... —murmuré.

—¿No?

—Bueno, una discusión no creo que signifique...

—Pues él no parecía opinar lo mismo anoche —me interrumpió— cuando se trajo a una rubia a mi casa para poder tirársela.

Me callé y esta vez sí que le sostuve la mirada al levantar la vista.

—¿Qué... Qué? —tartamudeé sin creérmelo.

—Yo solo te lo digo —se encogió de hombros—. Dijo que quería poder acostarse con ella sin que sus padres lo molestaran o algo así, y luego me pidió la habitación de invitados para poder tirársela.

Seguía sin querer creerlo.

Me sentía traicionada.

¿Había sido una ruptura? Que yo supiera el haber discutido por una tontería no significaba que pudiera acostarse con la primera que pasara. ¡Yo había besado a Matt y se había puesto furioso! ¿Cómo se suponía que tenía que tomarme eso?

Un brazo se deslizó sobre mis hombros y supe que se trataba de Scott sin levantar la mirada, seguía observando a Matt, esperando que dijera que era una broma. Apreté los labios con fuerza, sintiendo unas terribles ganas de golpear la cara de Scott.

—Bueno —sonrió Matt hacia mí—, yo me voy. Te llamaré por si quieres pasarte esta tarde por mi casa, ¿vale? —pasó por el lado de Scott y le sonrió aún más, aunque no parecía que a Scott le hiciera gracia— Nos vemos.

Y desapareció por el pasillo, dejándome a solas con mi supuesto ex, ahora separado de mí y con los brazos colgando a los lados de su cuerpo. Me miraba fijamente esperando una explicación. Mi enfado aumentó.

—¿A su casa? —preguntó— ¿Desde cuándo una chica va a la casa de un colega de su novio a solas?

Apreté tanto los puños que las uñas dibujaron medias lunas en las palmas de mis manos.

—¿Tu novia? —pregunté en voz baja.

—Sí, bueno, de alguna forma lo eres, ¿no? —Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Casi estaba soltando espuma por la boca.

—Entonces, no cortamos en la fiesta, ¿cierto? —Musité.

—Solo era una discusión. Estaba borracho y dije lo que dije sin pensarlo. Lo siento.

¿Cómo podía ser tan idiota de pretender decirme de todo hacía dos noches, liarse con una rubia, y luego venir como si no hubiera pasado nada?

—Vete a la mierda —susurré antes de girar sobre mis talones y avanzar por el pasillo.

Apenas había dado unos cuantos pasos alejándome de él, cuando su mano rodeó mi muñeca deteniéndome. Supe que no me libraría de él fácilmente.

—¿Te has enfadado? —preguntó girándome para que lo mirara, aunque sin soltar mi muñeca—. No fue una ruptura para mí...

—¡No parecías pensar lo mismo cuando te estabas follando a la rubia en casa de Matt! ¿Verdad?

Se quedó en silencio mirándome. Intenté librarme de su agarre nuevamente pero la apretó más.

—¿Te lo ha dicho Matt? —Desvié la mirada. Se lo tomó como un sí—. Yo... Yo estaba borracho, Jess, me sentía mal y lo hice pero no volvería a hacerlo. Estoy contigo.

—No necesito que me des explicaciones...

Mentía. Quería saberlo, porque en el fondo lo que me había dolido era que se hubiera ido con otra por una borrachera. Porque realmente le estaba empezando a coger cariño.

—No, escúchame —miró a los lados, asegurándose de que no había nadie—. Yo... Si hice esto contigo no era porque realmente necesitara que fingieras ser mi novia, ¿vale? Yo desde pequeño...

—Scott, no quiero que me des explicaciones, quiero saber si realmente quieres seguir adelante con esto.

—Jess...

—Pero si quieres que sigamos adelante. Más te vale que no vuelva a ocurrir. Y que nadie se entere de esto. Porque no quiero ser la estúpida cornuda del instituto.

—No se lo diré a nadie —dijo enseguida.

Parecía estar pasándolo mal. No entendí por qué. Él frunció el ceño mirándome.

—No, no puedo con esto... —murmuró—. ¿Me creerías si te dijera que no recuerdo nada?

Enarqué una ceja.

—¿Qué dices?

—Yo no... No sé qué pasó, ni siquiera recuerdo a la rubia, se supone que salgo contigo y...

—Y te olvidaste de eso cuando le viste las tetas a la rubia, ¿no?

—¡No le vi nada! —se giró de nuevo, asegurándose de que no venía nadie—. Jess, no sentiría lo que sentí cuando me besaste tú en el campo con ninguna otra chica. Y no recuerdo qué pasó. Sé lo que me ha contado Matt.

—Matt...

—No escuches a Matt, por favor. Mírame, no te miento. No lo recuerdo. Nada.

Lo miré bien.

—¿A qué te refieres cuando dices «lo que sentiste en el campo»?

No respondí.

Sentí un tirón del brazo y como mi pecho chocaba violentamente con el suyo. Al

levantar la cabeza sus ojos encontraron los míos un segundo antes de notar sus manos entrelazándose en mi nuca. Mi corazón dio un respingo al tiempo en que sus labios estaban sobre los míos de manera dominante, sin darme tiempo a respirar.

Mis brazos respondieron antes que mi cuerpo, abrazándose a su cuello y acercándose —si era posible— aún más a él.

Cuando quise darme cuenta sus manos se habían deslizado hasta mi cintura apretándome lentamente hacia él, haciendo que sintiera un extraño hormigueo en el estómago intenso y punzante. Otra vez esa extraña sensación en la columna vertebral me impulsó hacia atrás, apartándome de él lo suficiente para que volviera a besarme unos segundos después.

Me empecé a marear por la falta de oxígeno. Aunque quisiera, no podía estar ahí para siempre besándolo.

Me separé lentamente, sin prisas, aunque él no retiró las manos. Notaba la presión de sus dedos en mis caderas. Al levantar la mirada, lo encontré jadeando.

—¿Qué más pruebas quieres, Jess? —preguntó.

—Te creo.

Sonrió.

—No quiero que vayas esta tarde con Matt.

—No quiero volver a oír que te has acostado con nadie estando conmigo.

Aunque él sonreía, lo decía completamente en serio; si volvía a hacerlo lo pensaba castrar.

—Está bien —dijo separándose.

Me regañé a mí misma por echar de menos la calidez de sus brazos rodeándome. Mientras se alejaba un metro, la sirena sonó y la gente empezó a llenar el pasillo. Vi a Scott aún mirándome, ya que por suerte no pasaba nadie entre nosotros, aunque echaban miradas para saber qué hacíamos. Éramos el cotilleo principal del colegio.

—¿Esta tarde estará tu madre? —preguntó.

—No... ¿Por qué?

—Vendré a hacerte compañía —me guiñó un ojo.

Enarqué una ceja preguntándome si estaba hablando en serio o bromeaba. Hacía menos de dos minutos que estábamos peleados y ahora me estaba diciendo que vendría a mi casa por la tarde.

Se acercó a mí de nuevo y la gente ralentizó el paso para ver cómo me tomaba suavemente del mentón y depositaba sus labios lentamente en los míos. Fue corto y casto.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Nos vemos esta tarde —se despidió.

CAPÍTULO 10

Cercanos

Apoyé el teléfono en mi hombro mientras que llenaba un vaso de agua del grifo. Jules seguía hablando por la otra línea sin parar. Me contaba algo sobre el chico que Kia había conocido en el partido, de que hablaban mucho por WhatsApp o algo así.

—Así que la cosa va en serio —comenté, tomando un sorbo de agua.

—Eso parece, en serio, ¿cómo puede soportar a ese tío? Si es un pesado..., ¿lo escuchaste hablar y hablar en el partido? Me entraron ganas de meterle mi zapatilla en la boca para que se callara.

—¡Jules! —reí.

—A ver, es verdad. Menos mal que Kia tiene paciencia. Yo ya lo habría estrangulado.

El timbre sonó mientras reía y noté como mi estómago daba un vuelco preocupante. Era Scott, sin duda alguna.

—¿Eso ha sido el timbre? ¡Ya está aquí! ¡Qué guay! —exclamó Jules desde el otro lado de la línea, entusiasmada—. Polvo de reconciliación, seguro.

La estima de Jules había crecido notablemente desde que había visto como Scott apartaba a David a un lado en el partido.

—Si se supone que ya estamos bien —protesté, encaminándome hacia la puerta.

—¿Y qué? Cualquier excusa es buena para llegar a eso.

—Te llamo luego —dije, riendo.

—¡Cuéntame los detalles!

Y colgué. Fui hacia la puerta con paso indeciso y abrí. Ahí estaba Scott, apoyado en ambos lados del umbral, con una sonrisa ladeada. Cuando abrí la puerta, lo primero que hizo fue depositar un suave beso en mis labios antes de entrar en la casa, como si fuera lo más normal del mundo que me saludara así. Me quedé paralizaba mientras pasaba como si nada.

—Veo que te tomas en serio esto de fingir ser novios —dije cerrando la puerta.

Vi que se había sentado en el sofá con mis galletitas de chocolate en el regazo, comiéndoselas mientras me miraba con sorna.

—Hay que practicar, ¿no?

Me dejé caer a su lado del sofá y vi cómo sacaba algo del enorme bolsillo de la cazadora y lo ponía sobre la mesita. Eran tres películas: *Un paseo para recordar*, la última de *Crepúsculo* y *Dando la nota*.

—No te tomaba por un chico que mira *Crepúsculo* en su tiempo libre, la verdad. No te pega —me reí.

—Son de mi hermana, listilla —entrecerró los ojos mientras tomaba otra galleta.

—¿Cuántos años tienen? —pregunté mientras me levantaba para poner la de *Un paseo para recordar*.

—Son más pequeñas que yo —escuché que decía—. Una tiene 16 años y la otra 6, pero viven en casa de mi tía. Les he dicho que iba a casa de una chica y me han dicho que se las conquista con achuchones en las películas. Así que les he pedido una. Me han dado tres por si acaso no te gustaba ver vampiros descamisados brillando a la luz del sol.

Me giré y vi que me guiñaba un ojo. Mientras me sentaba a su lado, el rubor subía por mis mejillas, y aumentó cuando su mano se posó de manera indiscreta sobre mi rodilla mientras la protagonista hablaba con un hombre. Noté un extraño hormigueo, ya que, aunque los pantalones eran largos y no tocaba directamente mi piel, sentía las yemas de sus dedos danzando sobre mi rodilla, trazando pequeños círculos con el pulgar que me hacían sentir estremecimientos. Lo miraba de reojo de vez en cuando, él me sonreía y me decía:

—¿Qué tal la película?

Me estaba provocando. Sus sonrisas y sus guiños de ojo acompañados de caricias en mi rodilla y muslo lo delataban. Estaba de un humor increíblemente bueno.

Y yo no me estaba enterando de la película.

—Para ya —susurré.

—¿Que pare de qué? —preguntó haciéndose el inocente.

—Sabes de lo que te estoy hablando.

—No lo sé.

—Scott.

—¿Qué?

—Deja de provocarme.

—Entonces, está funcionando.

Lo miré; me estaba sonriendo. Y estaba funcionando. Maldito Scott. ¿Cómo podía estar provocándome de esa forma si se suponía que ni siquiera éramos nada? Al fin y al cabo, seguía siendo el mismo chico que se metía conmigo por las gafas de culo de botella y por miles de defectos que sacaba a la luz sobre mí.

—¿En qué piensas? —inquirió.

Dirigí mi vista hacia él, buscando entre las runas de mi cerebro una respuesta que no fuera cuando éramos pequeños o lo mucho que me irritaba. Tras su camiseta verde divisé unas marcas de tinta oscura marcadas en su piel, que formaban un ángulo de algo parecido a unas flores extrañas.

—¿Qué significan? —pregunté señalando sus tatuajes.

Él enarcó una ceja.

—Larga historia cada uno.

—Bueno, yo tengo tiempo, ¿tú tienes prisa?

Él suspiró y me levantó el dedo índice, indicando que solo me enseñaría uno. Vi cómo se levantaba la camiseta por encima del ombligo y no pude evitar que mi labio inferior rodara hasta el interior de mi boca. Sus abdominales relucían a la luz de la lámpara de la sala, y estaban marcados perfectamente. Incluso me fijé en el borde de sus bóxers azules. Esperé a que eligiera uno y señalé el primero que vi, sin atreverme a tocarlo. Había una especie de S que parecía hecha de serpientes escurridizas que se unían entre ellas entrelazando sus colas y cabezas.

—¿Ese? —Pregunté.

—Stacy —sonrió amargamente, volviendo a taparse con la camiseta—. Has

elegido el peor, champiñón. Me lo hice por ella y ahora... Bueno, ahora ya no sirve para nada.

Lo observé en silencio. Su mirada melancólica estaba ahora aferrada en sus manos, que dejaron la bolsa de galletas de chocolate sobre la mesita. Supuse que se le había cerrado el estómago.

—Siempre puedes poner *Scott*.

—O Jess.

Se rio cuando fruncí el ceño, avergonzada.

Sabía que no le gustaba hablar de ello, pero no podía evitar el egoísmo de seguir preguntando.

—¿Cómo os conocisteis? —me atreví a preguntar.

Vaciló.

—Nos presentaron en una fiesta hace un año —murmuró, sin levantar la vista—. Los dos íbamos borrachos y, bueno..., sucedió. A la mañana siguiente cuando desperté ya se había ido, aunque a mí no me importó. Se hizo muy amiga de las chicas de nuestro instituto así que aunque íbamos a diferentes institutos nos veíamos a menudo. A veces quedábamos y nos enrollábamos pero nada más. Hasta que ella me dijo que quería ir más lejos.

»Las cosas iban de maravilla; ella me tenía demasiado pillado como para que fuera sano, y yo simplemente era gilipollas por lamerle siempre los pies. Me hice el tatuaje cuando ella me dijo que haría cualquier cosa por mí, hasta que se enteró de que mi padre y yo no nos llevábamos bien.

»Nos fuimos distanciando poco a poco, hasta el punto en que pasamos semanas sin vernos. Cuando fui a su casa a decirle que se había acabado lo nuestro; que ya no sentía lo mismo que al principio, la encontré con Mike en su cama. Mike estaba de pie y ella arrodillada; creo que los detalles no son necesarios.

—¿Y le destrozaste el coche? —levanté las cejas.

—Llamé a Adam unas horas después, borracho, y le conté todo, que necesitaba desahogarme de alguna forma, y me propuso ir a destrozarle el coche. Cogimos unos bates de béisbol y te aseguro que no quedaron ni los neumáticos.

Finalizó con una sonrisa de aire superior, cosa que me tranquilizó ya que eso significaba que ya no le afectaba tanto pensar en ello. A mí sí.

—¿Pero él es...? —empecé.

La frase quedó suspendida en el aire sin que supiera demasiado bien como continuarla.

—¿Es qué? —preguntó poco paciente.

—¿Peligroso? —finalicé con un hilo de voz.

Esperé unos segundos su reacción mirando mis manos mientras escuchaba como la película que teníamos puesta llegaba a su fin. Cuando me atreví a levantar los ojos hacia él, lo primero que encontré fue una sonrisa burlona extendida en sus labios.

—¿Qué? —me irrité.

Su respuesta siguiente fue una enorme carcajada de profundizó en mis oídos

como una taladradora. ¿Se estaba riendo de mi propia preocupación el muy idiota? ¿Es que le daba gracia el hecho de que me preocupara por él? Era un idiota, sí, eso mismo.

Puse los ojos en blanco, agarré las galletas de chocolate y me levanté del sofá; si iba a reírse de mí, prefería que no lo hiciera en mis narices, por lo menos. Llegué a la cocina consciente de que sus pasos me seguían de cerca.

—¿Te has enfadado? —preguntó sin dejar de sonreír burlón a mis espaldas.

¡Pues claro que sí! ¿Es que no era evidente? Encima de que me preocupaba por él me lo pagaba así, riéndose. Pues la próxima vez no me preocuparía por él.

—Oh, vamos, solo estaba riendo. Tu cara cuando lo has dicho... Ha sido graciosa. Lo siento, de verdad.

Me giré y quedé con la cadera apoyada en la encimera. Scott estaba delante de mí, en silencio, ahora serio, y vi como se inclinaba hasta que sus manos quedaron apoyadas a cada lado de mis caderas, sobre la encimera. Su aliento cálido rozaba mi piel haciendo que el vello de mi nuca se erizara y mi pulso se acelerara.

—¿Me perdonas? —susurró con un puchero.

No iba a dejarme vencer tan deprisa.

—No.

Sonrió de lado, haciendo que el gusano que tenía la obsesión de pasearse por mi columna vertebral hiciera su aparición, justo al tiempo en que Scott me levantaba con suma facilidad hasta dejarme sentada en la encimera, aunque sus manos no se retiraron de mis caderas, donde sentía un extraño hormigueo bajo las yemas de sus dedos.

Oh, oh.

—¿Me vas a perdonar? —repitió suavemente.

Aunque me sentía un poco cohibida por su cercanía, mi orgullo se resistía a ello. Me crucé de brazos, dejando una clara distancia entre nosotros.

Con sus manos deslizó mi trasero hacia él sin dejar que me levantara, y nuestros pechos quedaron unidos. Noté cómo una de sus manos permanecía en mi cadera, mientras que la otra se deslizaba produciéndome hormigueos mientras subía. Finalmente llegó a su destino y me agarró la nuca con suma suavidad, acercando su rostro al mío sin despegar nuestras miradas. La mano de la cadera se colocó en mis brazos y me los bajó con suavidad.

—Siento haberme reído —repitió, acercándose.

Iba a besarme, e iba a gustarme. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Desde cuándo los besos de Scott me gustaban? ¡No! ¡Eran los de Matt los que realmente quería, no los suyos! Y ya lo había besado demasiado en un día como para pretender que era estrictamente necesario para que los demás se creyeran nuestra relación. No, todo estaba yendo demasiado lejos.

Dos de mis dedos se colocaron sobre sus labios justo a tiempo para evitar que me besara. Frunció el ceño separándose ligeramente.

—Si no estamos delante de los demás no hace falta fingir —susurré—. No acepté la propuesta para esto. Yo...

No supe como continuar. Se había separado dos metros de mí y había apartado

la mirada, como si de repente quemara.

—No te preocupes —finalmente levantó la mirada y la clavó en mí, aunque ya no era alegre en ningún sentido—. Tienes razón, esto..., bueno, me voy.

Me dejó sentada en la encimera mientras escuchaba el ruido de la puerta principal cerrarse. No se molestó en coger las películas de su hermana. Solo giró sobre sus talones y salió disparado hacia el exterior de la casa, sin mirarme.

CAPÍTULO 11

El regalo

Al día siguiente, cuando llegué a la cafetería me senté al lado de Adam ya que no quedaban más sitios libres. Y una parte de mí no quería cruzarse con Scott después del encuentro incómodo del día anterior. Todos me saludaron con una sonrisa, menos Matt, que estaba ocupado mirando la máquina de bebidas extrañamente concentrado. En parte también agradecí que no me mirara, seguía preguntándome por qué había mentido acerca de Scott.

—¿Has estado mejor? —preguntó Hannah sentándose a mi lado con una sonrisa.

Recordé lo bien que había estado con Scott la tarde anterior y me dije que sí que había estado mejor, definitivamente. Antes de que tuviera que abrir la boca y arruinarlo todo.

—Mucho mejor —asentí con la cabeza.

—Si te has peleado con Scott...

—Eh, *Jessie* —me llamó Abby, enfatizando el estúpido apodo e interrumpiendo a Hannah. Giré la cabeza de mala gana—. ¿Te peleaste con Scott? No te imaginas como siento que os hayáis peleado... ¿Habéis cortado, no?

—Idiota... —escuché que musitaba Adam en voz baja, cosa que me hizo esbozar una sonrisa.

Iba a responder con algunas palabras que no le hubieran gustado a esa idiota, pero Scott llegó y se hizo sitio para quedar junto a mí. Miré a Abby con una sonrisa triunfante.

—Dímelo tú —le guiñé un ojo.

Me acerqué a Scott y plasmé nuestros labios. Pareció sorprendido al principio, pero cuando colocó una mano en mi nuca y empezó a pasear su lengua hasta llegar a la mía, deduje que no se sentía nada incómodo. Me separé lentamente mirando a Abby de reojo, que ponía una mueca. Una parte de mí había estado esperando que se separara por lo de ayer, pero no lo hizo.

—¿Has explorado bien su boca, Danvers? —rio Adam.

Scott le dio una de sus habituales collejas y se enzarzaron en una pelea en la que se tiraban migas de pan por el pelo. Cuando una de ellas dio a una chica de otra mesa esta se quejó en voz alta, aunque ellos dos solo se limitaron a reír.

Echaba de menos los besos de Scott. Y solo hacía diez segundos que no nos besábamos. No me gustaba como se estaban poniendo las cosas.

Había empezado siendo tan solo un método para acercarme a Matt —que de alguna forma lo había conseguido— y había acabado siendo algo que me gustaba tener para mí. Solo a mi disposición. Sonaba egoísta pero... No me gustaba, pero imaginarlo con otra; hacía hervir la sangre de mis venas.

—Scott —lo llamé.

Él se giró al instante, interrumpiendo la pelea con Adam, que cambió su objetivo a Erik.

—¿Qué pasa?

—Lo de ayer...

—Está olvidado, Jess —aseguró.

Le dediqué una pequeña sonrisa y seguimos comiendo.

La sirena sonó y me levanté cogiendo mi mochila para ir a clase, cuando una mano rodeó mi muñeca. Levanté la mirada y encontré unos ojos azules mirándome fijamente.

—Antes de irte...

Scott sacó algo de su bolsillo y me lo puso en la palma de la mano, asegurándose de que no había nadie que nos escuchara ni nos viera; algo casi imposible. Algunas personas nos miraban de reojo. Scott obstaculizó sus vistas con su propio cuerpo. Miré el pequeño paquete plateado que había puesto en mi mano. Me acercó a él como si me fuera a dar un beso y colocó sus labios tan cerca de mi oreja que empecé a marearme.

—Espero que sirva de disculpa por pasarme de la raya ayer —murmuró—. Feliz San Valentín, Jess.

Dicho esto se separó bruscamente y echó a andar hacia clase dejándome con la mano abierta con lo que había colocado en ella.

¿Era San Valentín?

Algo me dijo que no era de los que hacían regalos y que no querría que lo abriera delante de todos los chicos del instituto, así que fui hacia el césped que rodeaba la cancha de baloncesto y me senté sola en un banco de piedra donde no pasaba demasiada gente.

El paquete era plateado con un lazo blanco. Del tamaño de mi puño. Intenté descubrir de qué podía tratarse, pero no se me ocurría nada.

Aparté el papel y quedó una caja azulada de terciopelo a la que daba gusto acariciar con las yemas de los dedos. La abrí y me quedé helada.

El collar. El que había visto en la feria. La cadena de plata oscura que había decidido no comprar por cara ahora me la acababa de regalar Scott y estaba en la palma de mi mano. Abrí la inscripción, que era de una circunferencia que se abría y encontrabas el material con las letras formadas. Las letras eran increíblemente pequeñas, talladas en él.

Feliz San Valentín

Scott

Me mordí los labios mientras me lo ponía y notaba un vuelco en el estómago.
¿Cómo podía haberse acordado?

Una sonrisa boba se esbozó en mi rostro.

• • •

Me encontraba delante de la casa de Scott, con su regalo sujeto en la mano, oculto dentro de una bolsa verde oscura. La verdad era que no tenía demasiada idea de qué le gustaba, así que esperaba que mi regalo fuera algo de su agrado.

Tragué saliva; tenía miedo de encontrar a su padre, o de encontrarme una escena de ellos discutiendo. Era una exagerada, pero en verdad estaba indecisa por tener que llamar a su puerta.

Mi dedo presionó el timbre hasta que la melodía sonó en mis oídos. Ahora solo quedaba esperar.

Un hombre abrió la puerta. Llevaba una camisa desabrochada hasta mediano pecho, manchada con algo que parecía café. Sus pantalones eran anchos, haciendo que su barriga pareciera algo más grande de lo que era. Tenía un bigote poco poblado y canoso, al igual que su pelo.

—¿Qué? —preguntó secamente.

Por un momento, me quedé en blanco. Ese hombre no se parecía en nada a Scott. Absolutamente en nada, a parte de los ojos azules. En ese aspecto, eran iguales.

—Yo... —miré un lado donde no fueran esos ojos escalofriantes—. Me llamo Jess, ¿está Scott en casa?

Me miró de arriba a abajo con una ceja enarcada, analizándome. No pareció gustarle el resultado.

—¿Qué Jess?

Iba a decir *su novia*, pero no sabía si Scott querría que se enterara.

—Una amiga del instituto —sonreí lo más inocentemente que pude.

—Ya —volvió a repasarme de arriba a abajo—. Iré a llamarlo. Puedes esperar aquí dentro o fuera.

—Gracias.

Me adentré un paso en el chalé que había y me di cuenta de que parecía bastante más grande por dentro que por fuera.

El señor Danvers subió unas escaleras de madera que crujían bajo sus enormes pasos y lo escuché caminar hasta que se abrió una puerta.

—Hay una niña ahí abajo.

Escuché pasos de nuevo y vi bajar las escaleras confuso a Scott. Cuando me vio no reaccionó como esperaba; yo esperaba una sonrisa o algo así, pero se quedó pálido y se apresuró a llegar hasta mí. Me empujó fuera de la casa y cerró la puerta principal a sus espaldas.

—¿Qué...? —iba a preguntar, pero me interrumpió.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde vivo?

¿Estaba enfadado?

—Adam me lo dijo, pero...

—Voy a matar a ese gilipollas —gruñó—. Deberías irte, Jess.

Parpadeé confusa mirándolo. ¿Me estaba echando de su casa? Había cogido dos buses para llegar al centro comercial y había estado media hora de pie en uno solo para llegar a su casa, ¿y ahora me estaba echando?

—¿Irme? —todavía no me creía que me estuviera echando.

—No... No quiero que tengas nada que ver con mi padre, ¿lo entiendes?

Ahora lo comprendía; realmente lo que pretendía era que su padre no tuviera nada que ver conmigo, me estaba protegiendo.

Aunque me costaba bastante concentrarme en nada teniéndolo delante solo con una camiseta de tirantes, dejando unos cuantos tatuajes expuestos.

De repente su rostro se iluminó con una sonrisa y extendió la mano hacia mi cuello. Me quedé clavada en mi sitio cuando cogió el collar que tenía puesto entre sus dedos. Tragué saliva al notar sus firmes dedos en mi cuello.

—Te lo has puesto.

Pero tardó menos de dos segundos en volver a su posición actual. Comprendí que quería que me fuera, aunque de alguna forma eso hacía que me sintiera mal.

—Bueno, yo... —extendí el brazo con la bolsa y él lo cogió examinándolo con la mirada. Debía estar roja como un tomate—. Espero que te guste... Hum... Nos vemos mañana, supongo... Adiós.

Giré sobre mis talones sin esperar que abriera el regalo, aunque escuché el papel rasgándose a medida que me acercaba a la acera.

—¡Gracias! —exclamó a mis espaldas.

Me giré y vi que sostenía la cazadora de cuero oscuro que le había comprado en alto. En su rostro había una enorme sonrisa de oreja a oreja que me hizo sonreír a mí también.

CAPÍTULO 12

Descubiertos..., casi

Pasaron los días y los dejé pasar. Las cosas habían seguido igual que de costumbre; Adam con sus bromas malas, Erik hablando de rugby, Abby con mala cara, Hannah contándome cosas de gente del instituto que no conocía, Chloe intentando llamar la atención de Sam, Sam mirando a Matt, Matt ignorándola, Scott con su cazadora nueva y yo con mi colgante que no dudaba en lucir con orgullo. Aunque entre Scott o Matt y yo no había ocurrido nada más.

Lo único extraño era que Matt había decidido hacerse el vacío conmigo. Cada vez que lo miraba, aunque fuera por el rabillo del ojo una fracción de segundo, le faltaba tiempo para coger sus cosas y largarse sin dar explicaciones a nadie, cosa

que los otros ignoraban, pero yo me lo quedaba viendo hasta que se iba.

Hasta que el viernes por la mañana decidí seguirlo cuando lo hizo, y conseguí detenerlo en los desiertos pasillos. Le cogí del brazo por la sudadera del equipo del que era capitán y se giró bruscamente, cosa que hizo que lo soltara enseguida.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté con voz queda.

Enarcó una ceja, esperando que siguiera hablando.

—¿Te vas de la mesa por algo que te haya hecho? Porque cada vez que te miro... —intenté decir.

—¿Hasta cuándo vas a fingir que estáis juntos? —preguntó, mordaz.

No lo detuve cuando se giró y desapareció. ¿Lo sabía? ¿Cómo? ¿Por qué no había dicho nada? ¿Sabría el motivo? La única respuesta válida que se me ocurría era que Scott se lo hubiera dicho, pero tampoco creía que fuera ese el motivo.

Cuando sonó la sirena, me metí entre el bullicio de gente y cogí a Scott de la muñeca, atrayéndolo hacia un rincón para poder hablar y que nadie nos escuchara.

—Tenemos que hablar. Es urgente —dije.

Asintió con la cabeza y me tomó la mano, conduciéndome hasta las escaleras de emergencia, y de ahí a la desierta azotea. Ese lugar me trajo recuerdos de cuando habíamos hecho la propuesta. Parecía que había pasado tanto tiempo... Y debía hacer unas tres semanas como mucho.

—¿Y bien? —preguntó sentándose encima de una barra de hierro que salía de la pared hasta el suelo y colocándose un cigarrillo entre los labios.

—¿Le has dicho a Matt lo de la propuesta? Porque lo sabe.

El humo se le atascó en la garganta y empezó a toser. Casi me reí al ver su expresión.

—¿Cómo que lo sabe?

Se lo expliqué todo hasta hacía unos cinco minutos. Él escuchó atento.

—Yo no le he dicho nada —dijo finalmente tirando la colilla al suelo y pisándola con la punta del pie—. Y tampoco tenía la intención de hacerlo, la verdad.

—Entonces, ¿cómo puede haberse enterado?

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que por fin volvió a hablar levantándose y dando vueltas a mi alrededor, pensativo.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó tocándose el mentón con el dedo.

—Pues claro que no —me crucé de brazos—. Si no se lo he contado a Kia y a Jules puedes tener por seguro que no se lo he dicho a nadie.

Hubo unos instantes de silencio en los que se paró delante de mí y me observó en silencio.

—Bueno... —dije, de repente, cayendo en la cuenta de algo.

—¿Qué? —se detuvo en seco, mirándome.

—Yo..., puede ser que..., bueno... Mmm..., puede que se lo contara al peluquero

en un momento de inocencia y...

—Jess —murmuró, casi pareciendo que estaba pidiendo paciencia a los dioses.

—¡Pero es imposible que se lo dijera a Matt! No mencionó que lo conociera para nada.

Él me observó unos segundos en silencio, analizando la situación.

—Entonces, quizá deberíamos dejar de vernos y confesar lo que ha ocurrido a todos.

Me quedé paralizada.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Supongo que es una broma.

—Evidentemente.

Puse los ojos en blanco mientras él sonreía. Ese tipo de bromas que hacían que por un momento el corazón se me detuviera, parecían gustarle.

—¿Qué hacemos, entonces? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Sigamos adelante. Si nos ve dudar ahora le confirmaremos que era todo mentira. Tenemos que ignorarlo y tú..., bueno, si te dice algo así no te hagas la inocente, sino que intenta reaccionar como si te hubiera dicho algo ofensivo.

—Pareces todo un experto en mentiras —entrecerré los ojos en su dirección mientras entrábamos de nuevo en el edificio.

—Tranquila, champiñón, a ti no te mentiría ni aunque quisiera. Me tienes calado desde hace bastante tiempo.

• • •

Me encontraba sentada en las gradas del campo de rugby con Kia y Jules, observando cómo entrenaban las animadoras en un rincón del campo, bajo las órdenes de Sam, y los jugadores del equipo en el campo, donde el entrenador gritaba órdenes a todo pulmón, que eran obedecidas casi inmediatamente.

Bajé la vista hacia Kia, que acababa de llamarnos.

—Tengo que contaros algo —informó agachando la cabeza con una sonrisa que me indicaba que no me iba a gustar.

—¿Bueno o malo? —preguntó Jules dando un sorbo del zumo que tenía en las manos.

—Bueno y malo.

Jules y yo intercambiamos una mirada acusadora, y le hice un ademán para que empezara a sacar conclusiones, como de costumbre, antes de que Kia tuviera tiempo a explicar absolutamente nada, Jules empezó formar hipótesis.

—¿Te has acostado con un calvo?

—¿Qué?

—¿Has matado a un perro?

—Pero...

—¿O a una persona?

—¡No!

—¿Te has prostituido?

—Vamos a ver —perdió Kia la paciencia levantando las manos para indicar que parara de hacer preguntas—: ¿Os acordáis de David, el chico que conocimos el día del partido?

—Sí —respondimos al unísono, intercambiando una mirada.

—¡Hemos quedado esta tarde! —exclamó con una enorme sonrisa.

Jules y yo nos quedamos unos instantes en silencio, con su oración suspendida en el aire.

—Vale, lo malo es que es de otro instituto y es gilipollas —Concluyó Jules enarcando una ceja—. Pero... No le veo lo bueno.

—Kia —intervine—. No sabes cómo es; ni siquiera sabes su apellido. ¿No te parece un poco temprano...?

—¡Es un encanto de chico! —me interrumpió Kia—. Hemos hablado muchas veces por teléfono y *Skype* y nos hemos contado muchas cosas. Resulta que ni siquiera es del equipo...

—Se le veía; el único músculo marcado que tenía era el de la muñeca, tú ya me entiendes... —murmuró Jules.

Eso logró sacarme una sonrisa, pero Kia la ignoró y siguió hablando:

—...Y yo le he contado toda mi vida. Me gusta mucho, de verdad. Y esta noche os llamaré para deciros cómo han ido las cosas entre nosotros.

Unas carcajadas acompañadas de unos pasos acercándose al campo la interrumpieron. El entrenamiento había finalizado y los chicos estaban volviendo del campo junto con Sam y su cuadrilla. Pero no eran ellos los que me estaban llamando la atención; sino otro grupo de gente que se acercaba a nosotros. Eran de mi edad, más o menos, debían ser unos siete e iban vestidos algunos con cazadoras azules con el logotipo de una escuela desconocida para mí. Entonces, la mirada del que iba en cabeza se posó en mí, y lo reconocí al instante en que sus ojos impenetrables intentaron asesinarme con una mirada. Me puse de pie casi inconscientemente.

Mike.

—¡Pero, bueno! La fiera de la mano floja —sonrió acercándose a mí. Hubo varias risas de fondo—. ¿Te has pensado lo nuestro, cariño? ¿Qué tal tu labio?

Su mano se acercó al escote de la blusa de llevaba con decisión, pero se la aparté de un manotazo; si esperaba que le dejaría meterme mano después de pegarme la llevaba clara. Las risas de sus compañeros tronaron en mis oídos.

—Mejor de tu mejilla, seguro.

Mike apretó los labios un breve momento, pero disimuló bien su enfado.

—Ah... Las fieras son difíciles de domar, supongo.

—¡Eh, Evans! —me llamó una chica pecosa y flacucha entre ellos con tono de mofa—. ¡Dime! ¿Qué se siente cuando el único novio que encuentras te pega? ¿Eh, Evans?

—¡Espero que por lo menos te folle bien, porque si no...! —siguió otro chico provocando nuevas carcajadas.

Cuando mis puños se apretaron y empecé a notar calor de la rabia que me producía que hablaran de Scott, alguien se puso a mi lado. Lo observé detenidamente mientras que en su rostro no se expresaba nada de manera significativa.

—¿Sabéis que no podéis estar aquí, verdad? —dijo Matt cruzándose de brazos, todavía con el uniforme del equipo.

—Pues... —Mike sonrió—. Parece que las medidas de seguridad de vuestro instituto son una mierda. Bueno, todos los de este instituto lo sois.

—Entonces, no entiendo qué hacéis aquí, la verdad.

—He venido a ver a mi nueva mascota, ¿qué creías?

Noté un guiño de ojo hacia mí que solo aumentó las ganas de acercarme a él y golpearlo. Pero cuando di un paso hacia delante, el brazo de Matt me detuvo.

—No me jodas —Mike puso una mueca—. ¿Tú también te la tiras, Matt? Para ser tan normalucha reconozco que tienes buenos pretendientes... —nuevas risas—. Bueno, ¿cuál del equipo será el siguiente, bonita?

—El viejo entrenador —dijo alguien detrás de él.

Nuevas risas.

Iba a responder cuando alguien más se puso a mi lado, aunque en esta ocasión ni siquiera tuve que levantar la vista para saber que se trataba de Scott. Apoyó su mano en la parte inferior de mi espalda, de manera posesiva, sin dejar de mirar a Mike.

—No hay próximo —gruñó Scott—. Largaos.

—Por fin apareces, amigo mío. Estaba comentado con tu novia lo que podríamos hacer si ella tan solo aceptara.

—Fuera de aquí —repitió Scott.

—Oh, vamos, solo hemos venido a veros jugar un rato, ¿qué hay de malo en eso?

—Mike puso una especie de sonrisa inocente, que no funcionó para nada—. Además, alguien ha insistido en venir a animarte, Scott... Ven, querida.

Una chica emergió entre ellos y me sentí la persona más fea del mundo al instante.

Era una chica alta, delgada, de curvas suaves y piernas largas. Su pelo era de un rubio casi platino, largo y ondulado hasta poco más de la mediana espalda. Su piel era tan pálida y sin pecas ni granos que parecía hecha de porcelana. Tenía unos ojos verdosos que miraban directamente a Scott en ese momento, con una sonrisa malvada en sus labios pintados de color rosa.

—Hola, cielo —dijo con voz dulce, melosa.

Entonces, por la expresión de Scott, supe quien era y me sentó como un puñetazo en el estómago.

Stacy.

Stacy Ross

Era como si el tiempo se hubiera detenido de repente con una sombra alta acechando sobre mí como un águila cuando caza a un animalillo indefenso.

Miré a ambos, esperando que intercambiaran palabras, pero simplemente se estaban sosteniendo la mirada de manera fría. Parpadeé confusa ante la durísima mirada de Scott cuando Stacy avanzó un paso y quedaron a poco menos de un metro. Yo los miraba a una distancia prudente. Stacy sonreía. Me dieron unas enormes ganas de golpearle el rostro hasta borrar esa malditamente perfecta sonrisa.

Como lo toque...

Sin saber por qué, sin conocerla, me cayó mal al instante.

—¿Cómo has estado, Scotty? —susurró melosamente.

Ella avanzó una mano lentamente y la posó en su brazo. Hice un ademán de acercarme y Jules me sujetó del brazo. Ni recordaba que los demás estaban ahí. Scott apretó tanto los puños que llegué a temer que se hiciera daño de verdad. Con los nudillos blancos, apretó la mandíbula sosteniéndole la mirada.

—¿Me has echado de menos tanto como yo a ti? —preguntó.

Matt me puso una mano en el hombro, haciendo que por un momento olvidara la punzada que había sentido cuando las manos de ella tocaron la piel de Scott. Matt me miraba fijamente. Creí que me diría que hiciera algo, pero esa posibilidad se esfumó cuando abrió la boca. No parecía apenado, ni divertido, ni nada. Solo me observaba con expresión indescifrable.

—Creo que es mejor que te vayas, Jess, te llevaré a casa —sugirió con voz suave.

Scott ladeó la cabeza al instante y me miró fijamente en el hombro, donde Matt tenía puesta la mano. Algo en sus ojos se activó y sus puños se apretaron aún más, si es que era posible. Cosa que no se le escapó a la estúpida Stacy, que me observó con curiosidad. Era tan guapa que podría haber sido una modelo si se lo hubiera propuesto.

—Ya veo que has tenido compañía mientras tanto —sonrió Stacy acercándose a mí.

Su verdosa mirada me recorrió de arriba a abajo con una ceja enarcada. Luego volvió a posarse en mis ojos con una sonrisa triunfante, como si hubiera un claro vencedor en la batalla. Las ganas —extrañas en mí— de golpearla volvieron. Ni siquiera me había hablado directamente, tampoco me había hecho nada, pero no podía evitar odiarla.

—Quizás si adelgazaras un poco tendrías posibilidades —gruñó en voz baja, porque nadie más la oyó.

Pero no sentí rabia.

Sentí temor.

Por un momento, me olvidé de quién era, me olvidé de todo lo que me rodeaba y sentí que caía en un agujero negro sin parar, desapareciendo en la oscuridad, mientras ella sonreía y me miraba sin ningún tipo de compasión en la mirada.

—Aléjate de ella —escuché a Scott enseguida.

Su peor mirada estaba clavada en Stacy, que dio un paso atrás.

—Solo estaba saludándola, Scotty.

—Aléjate de ella —repitió Scott, con voz gélida.

Incluso a ella se le borró la sonrisa. Dio un paso atrás, pegándose al cuerpo de Mike. Intercambiaron una mirada y no necesitaron más para saber que era hora de marcharse.

—Bueno, nosotros nos iremos —dijo Mike—. Ya veo que no hay que preocuparse por si perdemos.

Stacy me dedicó la última mirada. Una sonrisa se colocó sobre sus labios pintados antes de que mirara a Scott fijamente y le guiñara un ojo.

Luego giró sobre sus talones y se alejó de una sacudida de pelo.

• • •

Después de eso Scott me acompañó a casa, aunque fui incapaz de mediar palabra con él. Al llegar, se ofreció a acompañarme arriba ya que mi madre no estaba. Me encogí de hombros, la verdad era que me daba igual que me acompañara o no. Solo podía pensar en Stacy, en que nunca había imaginado que fuera tan guapa. En mi cabeza era solo una cara sin expresión con la que Scott había estado en algún momento de su vida. Jamás habría pensado que sería de esa forma.

Y tampoco entendía por qué me afectaba de esa forma.

—Voy un momento al baño —indiqué cuando entramos.

Él asintió con la cabeza mientras yo iba al servicio.

Después de hacer pis, pasé las manos por mi cara con agua fría. No podía creer que esas palabras me siguieran afectando tanto, se suponía que todas las adolescentes sufríamos por esas cosas, pero odiaba esa sensación de inferioridad. Me miré de lado en el espejo y fruncí el ceño, volviendo a mirar al frente con poca convicción.

—¿Qué haces?

La voz de Scott interrumpió mis pensamientos, aunque no me moví. Estaba apoyado en el marco de la puerta con rostro sombrío y las manos en los bolsillos, observando mis movimientos. Nuestra mirada se encontró en el espejo. La aparté.

—¿No te habrás creído las tonterías que decía Stacy, verdad?

Noté un tono culpable en su tono de voz, al igual que apenado. Pero en ese momento estaba enfadada con él, así que poco me importó. Me crucé de brazos y fruncí el ceño, sin querer mirarlo.

—No le has dicho nada... Y se supone que estamos juntos.

Esta vez, por primera vez, fue él que no fue capaz de sostener mi mirada.

—Tienes razón. Lo siento.

Sentí una punzada de dolor en el pecho por la manera en que lo dijo. De alguna forma, sabía que lo sentía de verdad, que se sentía culpable por no haber reaccionado antes. Recordé que al principio él no se había acercado. Quizá todavía estaba demasiado pasmado como para reaccionar y decir algo.

—No te la creas —dijo de repente sin mirarme—. Lo que dice Stacy. No te la creas; siente celos.

Parpadeé confusa.

—¿Celos?

—De ti —levantó la mirada de repente y se cruzó con la mía—. Eres preciosa, Jess, que nadie te lo quite nunca de la cabeza.

Su frase se quedó en el aire, mientras que mi corazón empezaba a latir con fuerza. Me acababa de llamar preciosa... Era la primera vez que un chico me llamaba preciosa. Y más de esa forma. Mis mejillas, muy a mi pesar, se tiñeron de un rojo intenso.

Sus piernas avanzaron hasta que quedó a mi espalda y sus manos me cogieron de la cintura apretándome a él en una especie de abrazo. Todavía nos estábamos sosteniendo las miradas en el espejo. Su brazo derecho me retuvo contra su cuerpo, de manera que no tenía escapatoria. Aunque, siendo sincera, tampoco quería escapar de él.

Su otra mano se deslizó por mi brazo, en un masaje lento, donde las yemas de sus dedos me acariciaron suavemente. Fui incapaz de moverme, ¿qué estaba haciendo? Su mano vaciló un momento antes de ascender hasta llegar al hombro. Pasó el pulgar por la zona en que mi pulso palpitaba con fuerza. Se inclinó hacia delante y abrí mucho los ojos. Sus suaves labios dejaron un beso en mi cuello, tras otro.

No sabía qué se suponía qué estaba pasando, pero era incapaz de moverme.

Sacando fuerzas, me di la vuelta de manera que ahora su brazo me rodeaba de la espalda. Sentía su pecho pegado al mío. Su mirada encontró la mía y percibí un destello de lo último que creí ver jamás en él; ternura.

Por primera vez desde que nos conocíamos, sentí como si lo conociera de verdad. Como si hubiera abierto las puertas que nos separaban. Sonriendo, le pasé la mano por la nuca, maravillándome por las cosquillas producía su corto pelo. Me devolvió la sonrisa. Una sonrisa sincera.

—¿Jessica?

La voz de mi madre llegó como un tornado.

Instintivamente empujé a Scott lejos de mí y salí del cuarto de baño con él pisándome los talones. Un fuerte olor a licor me llegó a los orificios nasales en cuanto puse un pie en la sala. Mamá estaba apoyada en la cómoda. ¡Oh!, ¡mierda!, no quería que Scott viera esto. Pero mi madre levantó la vista y se clavó en seguida en Scott.

—¿Quién es y qué hace en mi casa? —preguntó secamente.

Scott iba a contestar, pero le di un codazo en las costillas haciendo que se callara.

Lo comprendió al instante.

—Mamá, es un amigo...

—¿Quién es? ¿Algún imbécil que te estás tirando? —mi madre negó con la cabeza con una sonrisa—. Si tu padre levantara la cabeza...

Otra vez.

Apreté los puños conteniendo la ira porque no quería montar una escena delante de Scott, aunque pronto explotaría.

—Es mi novio —espeté.

Eso la dejó en silencio unos segundos hasta que por fin se movió hasta mí tambaleándose y apoyando sus manos en mis hombros. Su aliento apestoso me dio en la cara de lleno.

—Solo quiere sexo... —dijo ella con una sonrisa—, como todos. Te follará y se irá, y tú te quedarás con el corazón roto por estúpida. O te lo seguirás tirando, conociéndote, nunca se sabe...

Estaba a punto de explotar.

Decidí cerrar los ojos un breve momento y contar hasta cinco. Cuando conseguí calmarme, me acerqué a ella y le abrí la boca. Con un gesto de alivio, vi que su aliento no olía a whisky, sino su ropa.

—¿Has bebido?

—No.

—Vamos, tienes que tomarte la medicación.

Mamá dedicó una mirada de odio profundo a Scott, que parecía muy interesado en la habitación de repente. Agarré a mamá y la llevé a su habitación. Después le di un vaso con su medicación. No tardó en cerrar los ojos y quedarse dormida. Con el estómago encogido por lo que podía pasar ahora, salí de la habitación, sin ninguna esperanza de encontrar a Scott.

Pero estaba ahí. Sentado en el sofá con los codos en las rodillas. Al verme se levantó.

—¿Podemos irnos de aquí? —murmuré.

Para mi sorpresa, no dijo nada. Solo abrió la puerta para mí y bajamos con el ascensor en silencio. Al llegar a la moto vi que la duda empezaba a formarse en sus ojos. Subí a su espalda y lo agarré sin decir nada.

—¿Dónde...? —intentó hablar.

—Llévame donde quieras —pedí sin mirarlo—. Pero sácame de aquí, por favor.

Hubo unos momentos de silencio en los que ni siquiera encendió en motor. Levanté la cabeza, extrañada. Me estaba mirando a través del espejito.

—¿Quieres quedarte a dormir en mi casa, Jess? —preguntó suavemente.

Abrí los ojos desmesuradamente, intentando detectar cualquier tipo de tono burlón. Estaba serio, mirándome con los labios apretados en una fina y dura línea.

—Tu padre....

—Él no creo que venga esta noche, estará en un bar hasta las tantas. Y cerraré la habitación con llave.

Un asomo de sonrisa se formó en mi rostro.

—Gracias, Scott.

Y arrancó la moto sin decir una sola palabra más.

CAPÍTULO 14

Su casa

Una débil llovizna me mojó el pelo que el casco no cubría por el camino. Scott aceleró más para amparar la menor cantidad de agua posible. Solo frenó un poco cuando llegamos al gran chalé que era su casa. El estilo victoriano en toda su gloria y esplendor. Pintada de blanco con las ventanas azules. No era excesivamente grande, pero lo era mucho más que la mía. Bajamos de la moto, corriendo hacia la protección del porche, y él abrió la puerta con las llaves que tenía escondidas en el bolsillo. Cruzamos el salón que ya conocía de sobra y subimos por las escaleras. Había un amplio pasillo adornado con luces de lámparas de aspecto lúgubre (al igual que el resto de la casa) y entró en una de las habitaciones.

Era casi completamente blanca en las paredes y el suelo, solo lo diferenciaba por su enorme cama negra que parecía cómoda. Los muebles eran del mismo color de madera oscura que hacía que conjuntaran a la perfección con una puerta de madera clara que conducía —supuse— al cuarto de baño. Por lo demás, los muebles constituían, básicamente, en un armario grande pegado a la pared que tenía las puertas entreabiertas, dos cómodas a cada lado de la cama y un escritorio vacío —excepto por una lámpara y un portátil.

—Bienvenida a mi rincón particular del mundo —sonrió cerrando la habitación con pestillo.

Sonreí de vuelta y seguí observando la habitación en silencio. Sobre la cómoda derecha había un marco dorado en el que había una fotografía. En ella había un niño delgaducho y con una enorme sonrisa que sostenía a un bebé entre sus brazos. El bebé le estaba intentando coger la nariz con las manitas pequeñas y regordetas. Incluso en una foto, pude apreciar los ojos azules intensos de Scott. El bebé los tenía igual.

—Mi hermana —informó, quitándose la cazadora y dejando expuestos sus tatuajes mientras la lanzaba hacia la silla del escritorio—. Debía tener tres meses cuando mi madre hizo esa foto.

—Tenéis los mismos ojos, ¿sabes?

Sonrió.

Eché un vistazo nuevamente a la habitación. Luego me paré a observarlo fijamente de manera acusadora.

—Supongo que tú dormirás en el suelo —puntalicé.

Elevó sus cejas, casi con aire ofendido.

—Tenía pensado dormir en mi cama, la verdad.

—¿Y yo?

Su cara adoptó una expresión de evidencia de que la pregunta que acababa de formular era algo estúpida. Tragué saliva. La sola idea de dormir con él hacía que el estómago se me contrajera.

—Si quieres dormir en el suelo... —se encogió de hombros dejándose caer en la cama.

—Menudo caballero —me crucé de brazos.

—Yo nunca he dicho que lo fuera —puntualizó.

—Mejor, porque habría sido una tontería.

—Oh, vamos, Jess, no te pondré una mano encima si tú no quieres, en serio, ¿por quién me has tomado?

Bostecé mientras pensaba en el dolor de espalda que tendría a la mañana siguiente en caso de dormir en el suelo. Siempre podía hacer una montaña de cojines entre nosotros...

—¿Quieres una camiseta? Tienes la ropa algo mojada —sugirió levantándose de un salto de la cama.

Cuando se hubo levantado avanzó a grandes zancadas hasta la cómoda. Mi labio rodó irremediamente hasta el interior de mi boca cuando pasó por encima de su cabeza la camiseta que llevaba puesta. La última vez que lo había visto había sido por los golpes de su padre. Aunque ahora ya casi no había marcas en su cuerpo. Algunos moretones ya eran apenas perceptibles, y mucho menos con la poca luz de la habitación.

—Sí..., sí, gracias.

No empieces a tartamudear, no empieces a tartamudear...

Él se giró y me lanzó una camiseta azul marina de manga larga y fina. Casi parecía para ir a trabajar. Pensé en cambiarme ahí, pero la idea de Scott mirándome fijamente en sujetador y bragas me avergonzaba demasiado.

—Si quieres —dijo metiéndose en su cama con el móvil en la mano— puedes cambiarte en el baño.

Agradecí la propuesta en silencio cuando entré en el cuarto de baño y cerré la puerta a mi espalda. Me miré en el enorme espejo que había sobre el lavabo para comprobar lo evidente; estaba completamente ruborizada. Y todo por verlo sin camiseta. Qué tonta era. Aunque, por una parte, estaba segura de que si fuera cualquier otro chico el que estuviera en la habitación no estaría tan inquieta como lo estaba.

Ni siquiera con Matt, y eso me estaba empezando a preocupar.

La camiseta me llegaba hasta debajo de las caderas y las mangas por los codos, aunque estaba más preocupada por mi pelo y mi cara. No sé cuántas veces me miré en el espejo para comprobar que todo estaba en orden.

Cuando finalmente salí del cuarto de baño —parecía haber pasado una eternidad— lo encontré con los brazos cruzados detrás de su cabeza. Me estaba mirando fijamente, y el hecho de que fuera sin camiseta no mejoraba

absolutamente nada. Me senté tímidamente en la cama y me cubrí hasta la barbilla con las mantas. Oí como reía entre dientes ante mi expresión de horror absoluto.

—Estás empezando a hacerme sentir como un violador reincidente, la verdad — dijo, riendo.

—No me mires, entonces —farfullé.

—¿Y qué quieres que mire?

—¿Yo qué sé? La pared, por ejemplo.

Con un suspiro dramático, miró la pared unos segundos, sumidos en la oscuridad. Podía notar el calor que desprendía su piel en las piernas y los brazos. Eso solo me puso más nerviosa de lo que ya estaba.

—Si es que la tengo muy vista —replicó, volviendo a sonreírme—. ¿Por qué te tapas tanto, champiñón? ¿Qué escondes por ahí?

Agarré una de las almohadas y se la estampé en la cara, a lo que se echó a reír a carcajadas. Volví a hacerlo, pero lejos de hacerle daño se lo estaba pasando en grande. Al final, incluso, empecé a reír.

—Idiota —dije y continuaron mis risas.

—¿Por qué siempre me estás insultando?

—Porque eres un idiota.

—Bueno, pero no hace falta que me lo repitas, lo recuerdo yo solo.

Los dos empezamos a reír a la vez y volví a tumbarme. Pasaron los segundos y las risas se extinguieron poco a poco, hasta que quedamos sumidos en un silencio más cómodo de lo habitual. No me acordé de subir las sábanas hasta mi barbilla. Cerré los ojos, y, justo cuando empecé a dormirme, escuché su voz:

—¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades? —preguntó apoyándose en un codo para mirarme.

Tan solo veía el contorno de su rostro a través de la luz de luna que se filtraba tímidamente por la ventana. Su nariz recta, sus labios, el inferior un poco mayor que el superior, sus pestañas espesas parpadeando hacia a mí. Lo miré más tiempo del estrictamente necesario hasta el punto en que frunció el ceño.

—¿Jess?

¿Qué me pasaba?

—Claro —respondí enseguida.

Mis manos estaban sobre mi vientre, inquietas. Cuando una de las suyas se colocó sobre una de las mías sentí que la respiración se me quedaba atorada en la garganta. Sus dedos se entrelazaron con los míos al mismo tiempo en que su pulgar trazaba pequeños círculos en la palma de mi mano. Seguí mirándolo.

—¿Qué le pasó a tu padre?

Un nudo se formó en mi garganta. Odiaba hablar de ese tema con cualquier persona, ni siquiera había dicho nada a Jules o Kia.

—Si no quieres contestar no es necesario —se apresuró a añadir al notar que me había quedado muy quieta.

—No... Yo... —respiré hondo—. Tú me contaste lo de tu padre, es justo que te lo

cuenta también yo.

»Cuando era pequeña vivía con mis padres y mi hermano mayor como una familia normal, pero cuando cumplí los 12 a mi madre le diagnosticaron leucemia. Mi padre ganaba poco dinero y apenas teníamos para la medicina, ya que mi madre también era exalcohólica y necesitaba un tratamiento, aparte de no querer tomar sus pastillas... Supongo que ya sabrás que no se puede mezclar el alcohol con los medicamentos. Así que teníamos que estar vigilándola constantemente para que no bebiera y pudiera tomarse su medicación.

»Las cosas fueron empeorando; papá tenía dos trabajos y mi madre estaba con una depresión de caballo en su habitación, tenía que obligarla a comer y a beber para que no muriera de inanición. No te puedes imaginar lo que es ver a tu madre en un estado semejante... Estaba con el mono del alcohol.

»Pero un día, al llegar a casa, escuché ruidos de la habitación de mis padres. Pensé en no molestarlos, porque querrían intimidad, pero luego me di cuenta de que mi padre estaba trabajando —cerré los ojos. Scott me dio un pequeño apretón en la mano—. Estaba con su mejor amigo. Mi madre y él. Estaban juntos. Hice una pausa. Se me empezaba a nublar la vista.

—Mi padre murió dos días después en un accidente de coche —ahora solo tenía un hilo de voz—. Fue tan... Rápido. La ambulancia llegó tan deprisa como pudo, pero... Ya era tarde.

Las lágrimas me picaron los ojos al recordarlo.

—Estaba muerto. Vi como le tapaban la cabeza con la manta. Lo vi desde mi asiento en el coche. Ni siquiera pude despedirme de él. Ni siquiera pude decirle lo mucho que le agradecía haber dedicado su vida a nosotras. No pude decirle cuánto lo quería...

Ya no aguanté más. Hundí el rostro entre mis manos mientras el nudo en mi garganta aumentaba preocupantemente hasta tal punto que creí que me ahogaría en mis propias lágrimas. Hacía tanto tiempo que no hablaba de eso con nadie...

Los brazos de Scott me rodearon por la espalda y la nuca y pegué la oreja en su pecho. Mis brazos lo rodearon en busca de todo el apoyo que me estaba ofreciendo, quería sentir su calor. Era una manera estúpida de saber que estaba ahí, pero me calmó. Y, de alguna forma, recordarlo abrazada a él era más fácil que hacerlo sola, como había hecho durante tanto tiempo.

—Estoy seguro de que lo sabía —susurró sobre mi pelo—. Estoy más que seguro que sabía todo lo que le querías decir, así que estate tranquila, porque teniéndote a ti como hija estoy seguro de que pudo irse tranquilo sabiendo que sabrías cuidar de tu madre, Jess. No llores más, por favor.

Me tranquilizaba tenerlo ahí, abrazado a mí, consolándome. Me daba paz.

Al cabo de unos minutos de estar en silencio mientras mi llanto amainaba, respiré profundamente para asegurarme de que podía hablar.

—No había hablado sobre mi padre con nadie desde que murió —susurré.

—Entonces, soy el primero —dijo con picardía.

—Idiota —empecé a reír, sintiendo todavía el rastro de las lágrimas de antes en mis mejillas.

Él volvió a abrazarme.

—Tú, idiota, recuérdalo.

Algo se accionó en mi corazón haciendo que aporreara mis costillas, ¡solo con una frase! Sin poder evitarlo, me mordí el labio. Quería decir tantas cosas... Que la primera que dije me pareció una tontería:

—¿Podemos dormir así?

Hubo unos instantes de silencio en los que me aterroricé disimuladamente por si de repente se echaba a reír o cualquier otra chorrada, pero no lo hizo, solo vi que esbozaba una sonrisa. Volvía a tener ese brillo en los ojos que había visto momentos antes en el cuarto de baño de mi casa.

—Claro que sí, Jess.

Sonreí.

—Buenas noches —susurré.

—Duerme bien.

Cerré los ojos mientras una de sus piernas se introducía entre las mías, quedando completamente abrazados. Sentía una extraña sensación de electricidad en todo el cuerpo; pero no era incómodo.

Al cabo de un rato escuché cómo su respiración se acompasaba hasta un ritmo más lento y profundo. Levanté un poco la cabeza y vi que estaba durmiendo. Parecía un desconocido. Demasiado tranquilo para ser él. Con la boca apenas abierta, las pestañas gruesas pegadas a los pómulos y sus brazos a mi alrededor. Se movió sin soltarme cuando mi mano se colocó en su pecho, justo encima de su corazón. Murmuró algo sin sentido y apoyé la cabeza en mi mano, sintiendo su calidez en la palma. Una parte de mí no quería dormirse, pero había sido un día largo y estaba agotada.

Uno de sus brazos se movió ligeramente y volvió a murmurar algo. Su pulgar rozó la piel que dejaba expuesta en la mitad de los muslos y se volvió a quedar quieto. Me sentí como si todo lo que pudiera sentir mi cuerpo fuera ese dedo en mi piel. Cerré los ojos y me obligué a mí misma a dejar la mente en blanco.

Unos minutos más tarde, me quedé dormida.